# 2021

Autores Daniel Felipe Martínez Gamboa Candi Lasso Eraso

Jorge Mario Rojas Gutiérrez Angie Lijhem Dimas De La Cruz

Editores Margarita Rosa Lozano Aguirre Estefanía Rodríguez Rozo Tatiana Chiquito Gómez Gabriel Gamba Amaya

Relatoría Daniela García Patiño





# 2021

**Autores** Daniel Felipe Martínez Gamboa

Candi Lasso Eraso

Jorge Mario Rojas Gutiérrez Angie Lijhem Dimas De La Cruz

**Editores** Margarita Rosa Lozano Aguirre

Estefanía Rodríguez Rozo Tatiana Chiquito Gómez Gabriel Gamba Amaya

Relatoría Daniela García Patiño







**British Council Colombia** 

www.britishcouncil.co

Director British Council Colombia

Tom Birtwistle

Directora de artes

Sylvia Ospina

Gerente de artes e industrias creativas

Paula Silva

Coordinadora de proyectos de artes

Maria Juliana Tamayo

Autores - Convocatoria 2021

Daniel Felipe Martínez Gamboa Candi Lasso Eraso Jorge Mario Rojas Gutiérrez Angie Lijhem Dimas De La Cruz

Editores - Convocatoria 2021

Margarita Rosa Lozano Aguirre Estefanía Rodríguez Rozo Tatiana Chiquito Gómez Gabriel Gamba Amaya

Relatoría - 2021

Daniela García Patiño

Coordinadoras académicas

Marta Orrantia - edición Alejandra Jaramillo - escritura Traducción

Lingua Viva Traductores Alfred Lake Aurora Solá

•Puntoaparte

www.puntoaparte.com.co

Director de arte

María Paula Leiva

Diseñador de marca

Andrés Álvarez

Coordinación editorial

Andrés Barragán

Diseño y diagramación

Ángela Ramirez

Producción editorial

.Puntoaparte Editores

**ISSN:** 2711-158X

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial, dentro o fuera del territorio de Colombia, del material escrito y/o gráfico sin autorización expresa de British Council Colombia. 4

**Prefacio**Sylvia Ospina.

7

De Bocaccio a Elipsis

Marta Orrantia Alejandra Jaramillo Morales

10

Vestido de padre

Autor: Daniel F Martínez Editora: Margarita Rosa Lozano Aguirre **42** 

Un laberinto de culpas

Autor: Candi Lasso Eraso Editora: Estefanía Rodríguez Rozo

**70** 

Eres peor que él

Autor: Jorge Mario Rojas Gutiérrez Editora: Tatiana Chiquito 96

Fantasma en el Hallazgo

Autor: Angie Lijhem Dimas De La Cruz Editor: Gabriel Gamba Amaya

130

Relatoría

Daniela García Patiño

### **Prefacio**

### Sylvia Ospina

Directora de Artes, British Council Colombia

esde 2015 el programa Elipsis se ha constituido como la columna vertebral de nuestro trabajo en literatura. Desde su inicio hemos articulado nuestra actividad en eventos de la importancia del Hay Festival y FILBO a partir del encuentro de diez jóvenes escritores y editores emergentes. Lo hicimos así durante cinco años ininterrumpidos; hasta que la pandemia por CO-VID-19 nos obligó a replantear la forma como hacíamos absolutamente todo.

Este volumen es el resultado del valiente trabajo de diez jóvenes que trabajaron juntos sin llegar a conocerse cara a cara, que no gozaron de los periplos de empezar su trabajo en Cartagena en el Hay Festival y volverse a encontrar en FILBO, que trabajaron encerrados, a veces enfermos, a veces despidiéndose de personas importantes en sus vidas. Después de lo que ha ocurrido desde marzo de 2020 empezamos a entender que el programa Elipsis es, a veces, más que un programa de formación o una plataforma

profesional, una tabla de salvamento que le permite a sus participantes atravesar y entender las vicisitudes de sus días.

Siempre estamos muy orgullosos de presentar cada volumen de Elipsis, pero esta edición nos llena de un sentimiento adicional. Es el sentimiento que se desprende de saber que este año tuvimos que hacer todo de manera diferente, que la experiencia de estos diez jóvenes es muy distinta de la experiencia de los 60 jóvenes que vinieron antes de ellos, y que ellos tuvieron que sortear una serie de obstáculos adicionales que nada tenían que ver con la naturaleza del programa pero que sí fueron factores determinantes en la vivencia que tuvieron de él.

Mientras podemos retomar el programa como lo hemos hecho siempre, como queremos seguir haciéndolo, estas páginas nos servirán para constatar que aunque la vida se ponga en contra, el arte siempre encuentra un camino.



### Marta Orrantia Coordinadora de edición Alejandra Jaramillo Morales Coordinadora de escritura creativa Bocaccio Elipsis

ste fue el año de la peste. El mundo se paralizó, el tiempo se detuvo y la vida, para todos, cambió de las formas más diversas. La única forma de consuelo que muchos encontramos estuvo en los libros. No solo porque la literatura sea un refugio, las palabras nos den una seguridad o los personajes se conviertan en nuestros cómplices, sino porque la literatura nos enseñó que este año era similar a tantos otros, y que, como antes, volveremos a la vida.

En 1348, por ejemplo, hubo un brote de peste bubónica en Florencia. La población se diezmó y los que pudieron huyeron de la ciudad a buscar refugio en las montañas y los poblados cercanos. Un año más tarde, un escritor florentino llamado Giovanni Bocaccio, comenzó la que sería una de las obras más importantes de la literatura universal: El Decamerón.

También llamada La comedia humana (fue Bocaccio quien bautizó la comedia de Dante como "divina"), el Decamerón significa diez días, que es el periodo en el que un grupo de amigos, siete mujeres y tres hombres, se reúnen en una casa en las afueras de Florencia para escapar de la peste, y pasan sus días contando historias, cien en total, que son las que componen el libro.

que pensamos en la importancia histórica, y no solo literaria, de esta edición. Estos son los cuentos del fin del mundo, escritos en unas circunstancias excepcionales, editados también en momentos difíciles, y que finalmente ven la luz cuando el mundo empieza, lentamente, a comprender esta pesadilla.

No son diez los personajes, sino nueve, porque uno desertó. Hay tres hombres, como en la obra italiana, y el resto son mujeres. Durante el proceso, hubo tragedias familiares, contagios, crisis personales y marchas políticas. Nunca nos conocimos en persona, trabajamos a la distancia. Nos vimos en pantallas y sin embargo tuvimos conversaciones profundas, en las que escuchamos cómo, frente a la pandemia y las protestas, los participantes de Elipsis cuestionaban su papel en la sociedad, su aporte desde la literatura, y en general la validez de un oficio que parece un lujo en medio del hambre y la muerte.

El resultado del proceso está aquí. Cuatro cuentos, más las ilustraciones y la relatoría, todos atravesados por los fantasmas, las dudas, los temores y las preguntas que surgen en el encierro. A través de ellos se puede ver el humor, el miedo, la desigualdad, la violencia, la pobreza, todas esas capas que compusieron la pandemia, la situación social y la realidad de escritores y editores durante este último año.

A quienes leen este libro, debemos decirles que encontrarán aquí el producto de un esfuerzo titánico, hecho en circunstancias adversas por un grupo de mujeres y hombres que dieron todo de sí mismos para seguir adelante con un proceso creativo, incluso cuando el mundo a su alrededor sucumbía. Historias que le susurrarán a los lectores la vida y sus tejidos en medio de la incertidumbre voraz de ser parte de una pandemia. A los creadores, que dudaron en algún momento de la validez de su oficio, debemos decirles que hicieron un documento literario de enorme valor, pero además un documento histórico maravilloso, un reflejo de quiénes fuimos todos en el año de la peste.

Este grupo de historias, escritas en el lenguaje vernáculo y no en el obligado latín, se convirtieron en una obra importante, no solo por el idioma y la construcción moderna de los cuentos, sino porque muestran las costumbres de la época y dan luces sobre la cotidianidad de la vida en el siglo XIV. El Decamerón es, entonces, además de un gran libro, un documento histórico.

Así como es posible imaginar las voces de esas personas que trataban de sobrevivir a la peste florentina, nosotros como sobrevivientes de este nuevo confinamiento nos asomamos a historias de otros tiempos, de los múltiples encierros que se han narrado en la literatura. Y aunque antes ya habíamos leído muchos de esos libros, aunque ya conocíamos las historias de Bocaccio, y muchas otras, las habíamos leído desde la inocencia: no sabíamos que la peste también podía tocar nuestro mundo. Así, la literatura ha estado plagada de pestes, plagas, enfermedades. La literatura habita esas crisis, las transformaciones, los abismos, los momentos de asombro. la impotencia ante las implacables arremetidas de la naturaleza. Es así que, como Bocaccio, Edgar Allan Poe narra la historia de un rey que para salvar a su corte de la muerte roja los encierra en un castillo, sin contar con que el poder no es infalible a la peste. También Mary Shelley en su libro El último hombre, narra la caída de la cultura británica en medio de una peste y desde un narrador que como su título lo dice, será el último hombre en el planeta, y nos muestra esa fuerza incontenible de la naturaleza.

También, ahora después de haber vivido en esta pandemia, se vuelve otra la lectura de una novela como La peste de Albert Camus. Novela que nos muestra el paso a paso que durante el año 2020 vivimos. El asombro, la duda, la verdad. El planeta frenando, todo lo que nos rodeaba tomando ese nuevo viso de extrañísima realidad y de reproducción permanente del miedo a la muerte.

Esta edición de Elipsis se realizó durante ese año, cuando virábamos de lectores inocentes a lectores sobrevivientes. Y es por esto por lo



### Vestido

Margarita Rosa Lozano Aguirre Editora

**Daniel Felipe Martínez Gamboa** 

de

padre



**Margarita Rosa Lozano Aguirre**Editora

ubo un solo artista que no tuvo —no pudo tener— el sagrado derecho a una opinión externa, sincera y amable sobre su proceso creativo.

Cuando Dios hizo su obra solo estaba él y aunque su
capacidad creativa y su técnica construyeron cosas
maravillosas, le quedaron un par de cabos sueltos, un
par de cosas que no se entienden, un par de fichas
que parecieran no encajar con nada, un par de tuercas sueltas. Después de ese pequeño caos (que hasta
el momento solo ha traído como consecuencia la pregunta constante, eterna e inconclusa por el ser y por
el mundo) los editores fueron necesarios.

Con afán de cumplir con las expectativas agudizamos la vista hasta no ver nada más; abrimos el oído hasta reconocer los silencios; recorremos lugares que podrían desplomársenos encima por falta de cimientos; psicoanalizamos personaies que insistimos

en creer que son personas y, encima, terminamos soñando con ellos. Ninguna de esas experiencias es tan riesgosa como la de entrar en contacto con un mundo ajeno —el del artista— sin tocar nada innecesariamente, sin dañarlo, dadas las consecuencias catastróficas y, además, con la intención de aportar algo de valor, sea poco o mucho. Algo así solo se logra con profundo amor, respeto y confianza en el otro y en sus capacidades. Un trueque perfecto, teniendo en cuenta que es lo mismo que el otro pone sobre nosotros. Gracias a Elipsis y a Daniel por permitirme esa experiencia y darme esa confianza.



**Daniel Felipe Martínez Gamboa** Autor

e esa madrugada nunca recordó lo que estaba soñando, pero no pudo olvidar la sensación de intranquilidad, quizá premonitoria, que lo oprimía y que tampoco dejó dormir a su esposa. Su intento por aferrarse al sueño fue truncado por un murmullo tenue que le quitó, de a pocos, el espacio al silencio de la noche y con ello a la posibilidad de dormir. Cuando aquella vibración pareció ser todo lo que existía a su alrededor, descubrió molesto que no era otra cosa que su celular perdido entre las cobijas. Pese a su enorme cansancio despertó sin sobresaltos y con los ojos cerrados, como negándose a cederle terreno a la madrugada, y comenzó a buscar a tientas el teléfono oculto entre las sábanas.

La pupa de tela que envolvía su celular parecía jugar con él pues, aunque encontró el aparato, no pudo desenredar su envoltorio sin necesariamente tener que abrir los ojos y buscarle el derecho al tendido para poder sacarlo y contestar. En cambio ella, que para volver a despertar solo necesitó de los primeros quejidos del timbre, llevaba ya bastante tiempo contemplando el espectáculo lamentable de su marido moviendo las manos en un aleteo ridículo, como si intentara aplastar contra la cama insectos inexistentes. Lo vio semidesnudo y buscando a gatas, con los ojos fuertemente cerrados y el ceño fruncido, el mismo celular que, cortando la oscuridad del cuarto con su brillo, revelaba su ubicación sin que él pudiera darse cuenta.

Burlón, el celular iluminaba su cara en medio de la cama. Tropezó también con el rostro cansado de ella, quien lo miraba con ternura condescendiente, pues la imagen del esfuerzo fallido de su pareja, entre tierna y torpe, le había recordado un poco a los vídeos virales de bebés enojados cuando aún no descifran la técnica adecuada para desenvolver los regalos o a los de chimpancés impactados ante la presencia de algún objeto desconocido.

Sin mediar palabra, ambos echaron un vistazo al aparato que aún vibraba, siguieron el rastro de las telas que lo aprisionaban y que se perdían debajo del cuerpo de ella, y al terminar el recorrido él la miró, esta vez como disculpándose por volver a incomodar. Ella, aunque hizo una mueca, la finalizó con una sonrisa desganada y, apoyándose en el codo, elevó sus caderas para que su esposo halara las sábanas de un tajo y finalmente agarrara su celular.

Pese al desenfoque visual, propio de un despertar inesperado, pudo ver que no era un número desconocido el que le llamaba, sino el número de su papá. Un tanto desairado y sin querer molestar, decidió contestar fuera del cuarto. Se levantó lo más suave que pudo y a pasos sonsos se dispuso a salir de la habitación mientras dijo, sin lograr esconder el ronquido de su voz adormilada:

—Hola pá, ¿Cómo vas?

Aunque no escuchó una respuesta no oyó tampoco silencio, sino algo parecido a un jadeo afanado que lo estremeció. Repitió el saludo varias veces y al no recibir respuesta estaba ya por colgar para marcar de vuelta, cuando el ronquido de la voz desconocida que le habló con el tufillo de la calle lo congeló a medio camino. Una sensación entre la alarma y la confusión le impidió entender la mayor parte del mensaje. Al notar que le seguían hablando sin comprender nada, tuvo que interrumpir y preguntar:

—No, no, no le entiendo, disculpe, ¿me repite quién es usted? ¿Por qué me está llamando del celular de mi papá?

Desde su capullo de cobijas, ella lo miraba de reojo, pues pese al extraño horario, no era inusual que el "importantísimo doctor", como le decía en burla, tuviera que atender consultas jurídicas de sus clientes en los horarios más indecentes. Sin embargo, el hecho de que su marido se fuera lentamente de la cama le dejó un retorcijón de inseguridad que le impidió conciliar el sueño de nuevo, y la mantuvo con la mirada fija en aquel conjunto de pantaloneta deportiva y camisón apretado de equipo de barrio, que él insistía en llamar pijama y que colgaba de forma lastimera de su figura encorvada.

De espaldas, su esposo parecía jugar a atrapar el celular con el hombro y la oreja en una especie de pinza que le impedía moverse con soltura, mientras que con la mano izquierda se rascaba un espacio indeterminado entre las nalgas y la espalda. Pese a lo cómico de la imagen, alcanzó a notar el sobresalto que le causó la llamada. Entonces, especulando que alguna mala noticia podría explicar el horario imprudente, se fue incorporando poco a poco y, de a brinquitos, llegó a la esquina de la cama para poder espiar sin disimulo la conversación.

—Y ¿Cómo dice que se llama la señora? —alcanzó a oír la pregunta de su marido.

**Aparentemente** sobresaltado con la respuesta, el marido colgó el teléfono de improviso y sin necesitar siquiera voltear a mirar a su esposa, pues sabía que estaba atenta a sus espaldas, exclamó mientras se sobaba la cabeza:

- -Mierda.
- -¿Qué pasó?
- —Ni idea, no sé si robaron a mi papá o si botó el celular, me llamaron de su número, un tipo.
- —¿Y qué dijo? ¿Se lo encontró?
- —No, no, eso es lo raro, me dijo que una señora se lo pasó.
- —¿Una señora? —preguntó ella exagerando, quizá de más, el tono incrédulo.
- —Pues eso dijo el tipo. Que estaba con una señora que se peleó con unos policías y que ella, antes de que se la llevaran los policías, le pasó el celular para que me avisara.
- —¿Qué te avisara a ti? ¿Por qué?
- —Ni idea, pero lo más raro es el nombre de la señora —dijo con molestia, evadiendo su mirada, mientras un silencio incómodo se instalaba en la habitación—.

El tipo dijo que la señora que le pasó el celular para que me avisara que se la estaban llevando se llamaba Luz.

Fingiendo no verse afectado por la mención del nombre de su madre, lejos ya hace tanto, volvió la cabeza a otro lado con una mirada inexpresiva, pensando en cómo, mientras hablaba, sentía salir las palabras de su boca infectadas de la confusión que lo dominaba, por lo que prolongó un silencio, se sentó junto a su esposa a los pies de la cama y dio un suspiro profundo como queriendo decir algo que no llegó a pronunciar.

De repente el celular volvió a sonar. Lo puso a la altura de sus ojos, enfrentándose a él con la misma desconfianza con la que el héroe de la película se enfrenta al cable rojo o azul. Apretó el vidrio para responder, pero esta vez se limitó a acercar el parlante al oído, sin hablar, esperando reconocer alguna cosa, alguna verdad o rastro a través del sonido lejano, mientras su esposa, en aquel lenguaje de señas propio de las relaciones duraderas, le exigía activar el altavoz.

Esta vez ella ya estaba lo suficientemente cerca como para escuchar claramente y de primera mano lo que sea que tuviera por decir quien estuviera al otro lado de la línea. Silencio. Ambos notaron decepcionados que no había voz que amplificar. La persona que les llamaba parecía tener el celular ahogado en un bolsillo, pues se escuchaba apenas el jadeo de una caminata apurada y unas voces o ruidos apagados e inteligibles que salpicaban el sonoro silencio aquí y allá.

Pasaron unos cuantos segundos que se sintieron eternos hasta que quizá, al otro lado de la línea, notaron por fin la llamada y un "¿Aló?" jadeante y tosco inundó el apartamento de la angustiada pareja. Como respuesta automática a la voz, el marido se llevó el celular a la oreja y al hacerlo, sin querer, desactivó el altavoz, lo que aumentó en ella sus nervios ya crispados, aunque se resistió a distraerlo de la conversación completando los silencios de la llamada con las respuestas afanosas de su marido.

—¿Aló? ¿Aló? ¿Me oye? Sí, sí, aquí estoy... Espere, despacio que no le entiendo... ¿Me repite qué fue lo que le dijo ella?... No señor, la verdad no la conozco, pero ese teléfono es de un familiar. Déjeme averiguar y le vuelvo a marcar.

British Council

Elipsis 2021

Al colgar se miraron con la cara de mayor confusión que se hubieran visto. Ante la intriga evidente que veía en la cara de su esposa, se dispuso por fin a contarle, con el aire de quien va a contar un cuento, la inverosímil llamada que acababa de suceder, pero ella, que no estaba para cuentos, le salió al paso antes de que pudiera decir alguna palabra.

-¿Quién era?

-No... No sé, como un ñero.

La expresión "habitante de calle" que siempre se había obligado a decir en público le sonaba innecesariamente falsa en la soledad frente a su esposa.

—¿Cómo así?

—Así tal cual, por el hablado, estoy seguro de que me llamó un tipo, pues de la calle.

—¿Y te dijo quién era? ¿Cómo se llamaba?

—No, la verdad no, y tampoco se lo pregunté, porque... no sé cómo explicarte, pero sé que no me lo hubiera dicho de todas maneras y no estaba en la tónica de presentarse, estaba afanado.

—Bueno, entonces, ¿qué sí te dijo?

Conteniéndose para evitar discutir, le explicó como pudo que un ñero, según había entendido por la voz, lo había llamado diciendo que una señora con el nombre de su mamá, a quien se habían llevado los policías de una riña en el centro de la ciudad en plena pandemia, fue quien le pasó a él el celular, pidiendo que le marcaran precisamente a su número para pedir ayuda. Lo único que parecía tener sentido era que la llamada, en efecto, la había recibido desde el número celular de su papá. El tipo le dijo que estaba con la señora en una calle del centro que no pudo o no quiso identificar, que ella, quien supuestamente estaba mediando la discusión, fue de las primeras que se llevaron dizque por incumplir la cuarentena.

Al terminar de hablar, nervioso, se puso a juguetear con el celular entre sus dedos. Esperaba que su esposa pudiera darle una respuesta que

ordenara el sinsentido que lo invadía. Al escuchar la respuesta de su pareja sintió que ella la formuló haciendo tanto énfasis en la obviedad, que agradeció el qué no la hubiera acompañado con una carcajada.

### —¿Será una estafa?

Esta era la misma duda que revoloteaba en su cabeza. Se limitó a mostrarle la mueca de una sonrisa forzada, que para ella no fue sino un reflejo de preocupación.

- —Eso pensé —respondió—, pero al fin y al cabo me llamaron del celular del viejo.
- —Marquémosle a la casa a ver qué pasa, puede que esté ahí.
- —Pues no creo que conteste, no creo que ni use el fijo— replicó él.
- —Déjame intentar —dijo ella, buscando entre las sábanas ahora su propio celular.

Las llamadas al fijo fueron en vano, varios intentos fallidos más tarde decidieron ir ellos mismos a casa del padre. Ella se adelantó y bajó las escaleras, celular en mano, a la espera de que, a fuerza de repetición, su llamada fuera eventualmente atendida. Apenas se abrió la cabina en el sótano, el frío de la ciudad la abrazó. Al llegar al vehículo, carraspeando por el clima, no pudo evitar detenerse y pensar en los dos o casi tres meses que llevaba sin entrar en este. La pandemia había hecho que el tablero del carro le pareciera ahora como el centro de mando de alguna nave extraterrestre desconocida, aquella que nada más su marido había sido delegado para usar de vez en cuando al ir de compras.

Se sentó, por instinto intentó poner los brazos sobre el volante y se dio cuenta de que, así como estaba la silla, se sentía enana; la tuvo que acomodar hasta poder ver la curvatura del capó, eso sí, estirándose un tanto de más. El frío de los cojines del vehículo de gélida imitación de cuero, que ella detestaba, le resultó más detestable aún a esas horas de la madrugada.

El sol todavía no iluminaba la ciudad, aunque el resplandor de la noche ya no era negro sino de un moribundo azul oscuro que apreció con desilusión desde las ventanas de la sala. Él, quien se reconocía un tanto alérgico a las madrugadas, estaba renegando de su suerte pues ese era justamente el día de la semana en que no tendría videollamadas agendadas desde temprano y se había acostado con la ilusa certeza de poder dormir un poco más. Mientras rezongaba, terminaba de vaciar completamente el último de los cajones de su escritorio; ya había hecho lo propio con la mesa de noche y con un mueble del que no sabía el nombre, pero que dependiendo de la ocasión a veces adornaba y a veces estorbaba en la sala.

No se pudo explicar cómo en ninguno de los documentos que emergieron de su cateo encontró las copias de la cédula ni los demás papeles de rigor de su padre, pese a que durante unos tres trasteos los había atesorado y guardado con esmero por si acaso los llegaba a necesitar. Volvió a mirar el cuidadoso mosaico de papeles, sobres y carpetas que había dejado en el suelo, casi esperando que de repente alguna de las fotocopias que buscaba se revelara a sí misma con un brillo o un movimiento particular, solo para terminar su paneo con decepción, reconociendo para sus adentros que seguramente el paquete con los documentos había quedado, en efecto, muy bien guardado. Resolvió dejar el desorden tal cual, para reorganizar sus cosas al volver. Solo recogió algunos documentos de su madre, que llevaba tiempo sin ver y le parecían atesorables y los guardó en la gaveta superior del mueble sin función establecida de la sala.

Volvía la vista de tanto en tanto hacia donde se encontraba el celular, se sentía como imitando el estilo de los venados que vigilan atentamente el horizonte, cada brillo y vibración de su teléfono le crispaba los nervios, pues creía que su esposa llamaba con la buena nueva, pero no, una notificación, una alerta de alguna aplicación, cuya revisión llevaba ya postergando varios días, incluso una cadena de oración demasiado matinal se atravesaban entre él y la noticia de su padre, entre él y su cordura, sostenida solo por la fe de que la próxima notificación quizá sí sería la esperada.

En su camino de bajada se repetía la necesidad de tomar el asunto con calma mientras intentaba respirar profundo y contando hasta diez para no caer presa del pánico. Era consciente del deterioro de su padre y no demoró en recordar el viejo mito familiar, según el cual, cierta demencia senil coqueteaba con los varones de su familia cuando llegaban a viejos. Hizo cuentas. Quiso recordar la edad de su papá. ¿Era del 53 o del 57? ¿Aún muy joven para sufrir delirios? Se preguntaba en vano, mientras además se culpaba, ya que como siempre, no se acordaba de la fecha de cumpleaños de nadie, ni siquiera la de sus padres.

Pensó que no era relevante, seguro la información estaba en las copias de la cédula de su padre, y no pudo sino soltar un madrazo al recordar con ira que no encontraba las dichosas copias. Agobiado, decidió que al menos salir de su apartamento lo sacaría del círculo vicioso de preocupación; pensó en la ira de su esposa cuando viera el desorden que había dejado, pero decidió dejar ese otro lío para después.

Como no encontró los documentos que buscaba, decidió agarrar el único manojo de papeles que pudo hallar relativos a su papá, más por fe que por la utilidad que estos pudieran reportarle. Eran principalmente afiliaciones a fondos de pensiones, esquemas de salud y otros tipos de comprobantes bancarios y de servicios públicos, todos documentos inútiles. Los guardó en una carpeta vieja que sacó de alguna pila de papeles desordenados, doblando la esquina de los documentos con cuidado para que no se confundieran con los papeles que ya estaban allí y se los llevó bajo el hombro.

**Agarró las llaves** con la otra mano y se colgó el tapabocas en una de sus orejas, metió medio brazo en la manga derecha de la chaqueta impermeable y cerró la puerta tras de sí.

Ella, ya con el vehículo afuera, pensaba irritada en que mientras ella se bañaba, se vestía, llamaba a su suegro unas 30 veces y preparaba el carro para el viaje, él aún no bajaba. También pensó, no sin algo de envidia, en que seguramente él terminaría bajando sin bañarse, sin las indicaciones claras y quizá peor de confundido de lo que lo había dejado solo unos minutos atrás. Pero decidió no presionar, sentía que debía estar en la disposición necesaria ante lo que pudiera ocurrir, nunca había sido el prototipo de esposa abnegada y aunque estaba segura de que simplemente algún gamín se encontró en la calle el celular perdido y decidió marcar a probar suerte, el tema del viejo era un asunto serio sobre el cual no era bueno generar discusiones.

Entonces se preguntó: ¿será que él ya es viejo? Recordó que su suegro estaba por cumplir los 68 años, sin duda una edad en la que ya debía comenzar a cuidarse y bajarle al trago, entre sus otros tantos vicios; recordó incluso que ella misma se lo había dicho la última vez que fueron a cenar a su apartamento, pero ni esa vez ni nunca lo había visto como a un anciano. Sin duda, un poco traído de los cabellos y, al fin y al cabo, el digno padre de su hijo. Ese pensamiento le causó un escalo-frío incómodo al recordar esos destellos de locura en las acciones cotidianas que ella, bromeando, le señalaba de vez en cuando a su marido.

Cuando su esposo salió por fin del edificio, aquella sensación no mejoró, pues ahí venía él, embolatado, sorteando un enredo con la chaqueta, la maleta y una carpeta, equilibrándolas torpemente, mientras intentaba no botar su tapabocas. Antes de que él entrara al vehículo ella tuvo tiempo de maldecir el madrugar una vez más. El teletrabajo al que, con bastante incertidumbre, la había arrastrado la pandemia, le había enseñado las mieles de la pereza, lo que hizo que cualquier cosa antes de las 10 de la mañana le sonara ahora a madrugada. Se sintió hecha mierda cuando vio el reloj del tablero del vehículo marcando apenas las cinco.

Él, como siempre, no pudo subirse al vehículo sin antes darle una vuelta para inspeccionar quién sabe qué. Al terminar quedó frente a la

puerta del conductor, como reclamando el derecho a manejar, no tuvo sino que bajar la mirada y ver a su esposa, quien parecía aceptar el duelo, para subir del lado del pasajero. Antes de arrancar creyó ver a un par de vecinos desde las ventanas de los primeros pisos asomarse con actitud agazapada, provocando en él cierta sensación de peligro.

El hecho de salir a la calle, y no para ir a hacer una fila de tres horas en el supermercado, le infló un poquito el pecho, le pareció que se estaba embarcando en alguna clase de aventura. La sensación le duró poco, ni bien puso las nalgas en la fina y suave imitación de cuero que tanto le gustaba acariciar, su esposa, de manera casi recriminatoria, le dijo:

- —¡Mierda! No pensamos en la policía.
- -¿Qué con la policía?
- —¿Y si nos paran?
- —Pues decimos que estamos en una emergencia, no, ¡cuál decimos!, estamos en medio de una puta emergencia, eso sin duda está entre las excepciones permitidas.
- —¿Buscar un viejo borracho que botó sus cosas en la calle está entre las excepciones? —preguntó ella sintiéndose inmediatamente como la mayor basura de este mundo
- —No —dijo él mientras se llenaba de toda la falsa calma que cabía en el vehículo. Cualquier persona posiblemente desaparecida es una emergencia y eso está exceptuado y si no, no me importa, así que más bien arranquemos.
- —Bueno, pero si nos llegan a parar, usted habla.

British Council

Elipsis 2021

Ella arrancó en silencio, no cabía de la dicha de manejar en aquellas condiciones, la calle no estaba del todo vacía, había transporte público y taxis por aquí y por allá, pero, salvo eso, las vías estaban dispuestas exclusivamente para ellos. Así, sin consultar, tomó la ruta de siempre para ir a la casa de su suegro.

Parecía lo más evidente y él tampoco la corrigió ni emitió comentario alguno, seguramente aún molesto por la pregunta hiriente de ella.

Sin embargo, por alguna razón, ella presentía que no lo encontrarían allí, el solo hecho de sugerir esa posibilidad sería un atentado contra las esperanzas de su pareja. No tuvo que decirlo, o más bien su actitud preocupada develó sus pensamientos pues, de la nada, su esposo le dijo:

- —Tenemos que pensar a dónde vamos a ir.
- -¿Cómo así? pues vamos a donde tu papá.
- —Sí, pero a dónde lo buscamos después.

Ella no supo qué contestar, alargó una e confusa mientras trataba de no dejar que la emocionalidad de aquel momento de lúcida resignación de su pareja le nublara los ojos con tristeza y respondió:

- —Pues la casa de tu papá nos queda de camino al centro, seguramente no lo encontremos en el apartamento, pero quizá sí encontramos algo que nos muestre a donde coger después.
- —¿Cómo qué?
- —¿Qué sé yo? Estoy pensando en recibos de un bar o de algún sitio a donde haya podido salir y esté allá.
- —¿En medio de la cuarentena?
- —Pues si sabemos que salió anoche seguramente no sería la primera vez que lo hace, ¿no?

30

—Puede ser, pero no se me ocurre cómo. Entre la señora que va y le limpia la casa y el enfermero que lo visita para las inyecciones, no se me ocurre cómo habrá tenido tiempo o forma de salirse sin que nadie lo notara o nos dijera algo.

—Quizá alguien lo notó, pero no vio nada raro —finalizó ella.

La duda acerca del comportamiento de su padre en cuarentena se le amarró a las entrañas; sabía que el viejo, por su edad, tenía que cuidarse del virus que rondaba por ahí, pero de repente pensó que el tema del aislamiento, pese a las visitas que le intentaban hacer de manera regular, habría podido ser mucho para él, quien, aunque siempre había sido un tanto ermitaño y un poco alejado, lo era por convicción y no por obligación. Le preocupaba que esa sutil diferencia fuera determinante en la salud mental de su padre y lo hubiese llevado a escabullirse.

Tan absorto estaba pensando en la mente de su padre que si su mujer no le toca con delicadeza el muslo para señalar que bajara porque habían llegado, bien se hubiera podido quedar una hora más en el carro. Solo al pisar el andén se dio cuenta que ella había encaramado el carro a la berma, cosa que él siempre le había reprochado, pero que esta vez pasó por alto.

Entró al gastado edificio sin portería con la copia de la llave que casi no encuentra en la guantera, y pese a que hasta ahora había guardado compostura, ni bien el portón se cerró detrás de su pareja, se abalanzó sobre las escaleras subiéndolas de a tres, y llegó de bruces al cuarto piso sintiendo que su propio aliento lo estaba ahogando. Echó madres cuando se le cayeron, por el afán, las llaves del apartamento, por lo que, al intentar abrir de nuevo, agarró el pomo con la mano izquierda para meter la llave sin irla a tirar y casi se cae pues la puerta, que todo el tiempo estuvo abierta, cedió ante su peso.

No necesitó ver a su esposa para sentir a sus espaldas el grito que ella ahogaba con sus manos. El cansancio había desaparecido y en su lugar una lluvia de sudor frío le recorría la camisa, mientras que la sien parecía salirse de su cabeza con cada palpitación. Terminó de abrir la puerta y, asomando solo el torso, recorrió cuidadosamente con sus manos la pared rugosa, adivinando la ubicación del interruptor mientras llamaba pasito y por su nombre a su papá, esperando que si no él, al menos ninguna otra persona le fuera a contestar. No hubo respuesta, sólo silencio.

Entró con cautela al apartamento, que descubrió totalmente patas arriba. Tuvo que alargar los pasos para no pisar el mar de papeles, sobres, ropa, zapatos y demás elementos que inundaban el piso de madera. Caminó hasta el centro de la sala, miró alrededor haciendo un paneo por cada cosa y cada detalle, respiró profundo intentando calmarse y dio un par de vueltas sobre sí, repasando que no se le escapara nada que pudiera darle información nueva sobre el paradero de su padre. A estas alturas incluso el recibo de un burdel a donde al menos pudiera llegar a preguntar le hubiera ayudado.

Pudo ver la mirada de su esposa que, desde la entrada, observaba tanto con lástima como con preocupación su gesto desquiciado e intentó tranquilizarla asintiendo sin razón. Al finalizar unas vueltas más no necesitó mayor confirmación para saber que el desastre era obra de su padre; no vio rastro de violencia y a su modo de ver no había desorden siquiera, era más bien un orden peculiar, un orden muy parecido al suyo y del cual había dejado un ejemplo en casa antes de salir.

Al ver la sonrisa falsa con la que su pareja intentaba inútilmente calmarla, ella se esforzó por disimular la expresión de lástima que dominaba su rostro. Ya tenía el celular en la mano dispuesta a contactar a la policía por lo que a ella le parecía el claro escenario de un robo, pero él se le adelantó adivinando su intención y le dijo:

—No llames, con la policía solo nos vamos a demorar más.

- —Pero ¿y esto? —señaló con sus brazos la totalidad del espacio a su alrededor.
- —Esto fue mi papá buscando algo, lo que no sé es si lo encontró o no.

Ella barajó sus opciones y pese a querer gritarle por su repentina e impertinente calma decidió, exasperada, entregarse al evidente colapso mental de su marido. No tanto por la confianza en el ridículo instinto que acababa de despertar en él como por la desconfianza que ambos pregonaban respecto a la eficacia de contactar a las autoridades.

Mientras lo veía pescar e indagar los papelitos del suelo por aquí y por allá, decidió apurarlo, pero como no quería reñir con él y todavía se sentía bastante cansada, resolvió ir a la cocina a preparar un café para ambos. Cuando ya lo tuvo hecho le acercó la taza diciendo:

- —Es instantáneo, no hay más. ¿Ya pensaste a dónde vamos a salir ahora? —preguntó como quien no quiere la cosa.
- —No —respondió él mientras hacía una mueca de disgusto al sorber el café—. Pero yo creo que nos tocará volver a llamar a ver si nos dicen algo más.
- —Sí —Fxclamó decidida— Márcale

Tibiando su bebida a soplos vio cómo su marido apuraba el café de un trago, sintió algo de ternura al verlo buscar con la mano libre el celular entre los distintos bolsillos de su ropa. Se le acercó extendiéndole el teléfono casi frente a sus ojos para que él se diera cuenta de que ni siquiera lo había sacado del carro al bajar.

El lo agarró agradecido y buscó el registro de la llamada que había recibido horas antes mientras ella acomodaba su cumbamba sobre sus manos entrelazadas y encaramaba su cabeza al hombro de su pareja recargándose suavemente en él, tratando de transmitirle algo de calma o de valor.

Estaba tan cerca que esta vez no tuvo necesidad de pedirle que usara el altavoz, aunque cuando escuchó la voz ronca del tipo contestar de mala gana no pudo evitar hincar solo un poco las uñas en él.

- —Q'hubo —contestó la voz ronca del tipo, esta vez con el dejo propio de una voz cansada.
- —No encontramos al dueño de ese teléfono en la casa, pero supongo que debió haber estado con la señora que usted vio ¿Sabe para dónde se la llevarían?
- —Tan güevón, ¿pa' donde se la van a llevar a medianoche? pues pa' la UPJ.
- -¿Sabe dónde es?
- —Papi —dijo dramáticamente y arrastrando la a—. Ahí detrás de San Andresito de la 38, como le dije, yo iba pasando no más, ya más no sé, de buenas que no vendí este tiesto ya porque estas no son horas de trabajar.
- —Gracias —le respondió.
- —Papi no me agradezca, no he vendido el celular porque no han abierto el chuzo donde me los compran
   —dijo con un tono de burla mientras colgaba.

A él la UPJ siempre se le había aparecido como un personaje macabro en su adolescencia que hizo las veces del coco cuando la tomba lo comenzó a asustar más que la oscuridad.

No se lo había imaginado como un lugar para ancianos, pero reflexionó que, al no haber sido arrastrado a aquel sitio de joven, no tenía una imagen clara de qué tipo de usuarios componían la fauna de aquella entidad.

Con la nueva ruta ya definida y el café calentando su panza, se sintió entusiasta, sólo había que esperar a que su esposa se tomara el agua sucia y fría en la que siempre dejaba convertir el café para arrancar.

Mientras tanto él sumaba algunos documentos a su carpeta: una fotocopia vieja pero que, pese a sus cicatrices por los dobleces, permitía ver el número de la cédula de su padre (sí, era del 53, se dijo a sí mismo al revisarla); unos documentos que no terminó de entender pero que eran del plan de salud prepagado del viejo, y un par de fotos tipo retrato que parecían bastante recientes y que, al guardar en medio de los demás documentos, deseó no tener que usar, pues no pudo sino aguantar el nudo en la garganta al imaginarse de esquina en esquina imprimiendo volantes con aquel rostro ingenuo de su padre refundido. A estos papeles también les dobló con cuidado la esquina opuesta.

Antes de salir del apartamento del suegro, ella bajó los tacos, cerró los registros del agua y del gas y aprovechó su ubicación en la cocina para votar la mitad del café, sin que su marido lo notara, pues ya así de frío no se lo iba a tomar. Al subirse al carro no pudo evitar sentir cómo sus nervios, ya bastante crispados, se alteraban más con la rutinaria vuelta que le daba su esposo al vehículo; nunca entendió muy bien qué era aquello que él esperaba encontrar escondido tras una llanta. Él, al terminar la vuelta de rigor, se sintió agradecido de encontrarlo completo en aquel barrio del que desconfiaba.

Se montó y en silencio se dedicó a fantasear desenlaces posibles para su situación, no mirando por la ventana sino con la vista fija en el retrovisor, concentrado en el reflejo de la ciudad que quedaba tras de ellos y que dejaba su testimonio en las luces que pasaban de afán por el pequeño vidrio, pareciendo querer salirse de los límites del espejo.

Para ella, la idea de dirigirse a la UPJ era como una travesía terrible, igual le hubiera valido que le dijeran que debían ir a Cuadra Picha, al Bronx o a Cazucá, todos los cuales le sonaban a ese oscuro conjunto de

territorios urbanos míticos del hampa y que ella no podría ubicar en un mapa, pues sabía bien que su versión de estos segmentos de la ciudad correspondía sólo a la opinión de los noticieros y quizá, cuando mucho, a los tugurios de alguna película. Previendo su incómodo destino no quiso avanzar demasiado sin interrumpir la calma de su pareja para preguntar:

—Y, ¿a dónde vamos? —mientras lo miraba aguantando una risilla nerviosa que la risa de él solo terminó de reventar. No sabían cómo llegar.

—Pongamos el Waze —dijo él al recomponerse, sacando su celular, pero ella rápidamente se le adelantó y arrojó su propio celular en el regazo de él mientras se quejaba—. Ay no, pongamos el mío no va y sea que ese se descarque y ya no podamos llamar.

La voz mecánica del Waze no sirvió para amenizar el camino que en pocos minutos terminaron de recorrer. La ciudad en la mañana, ya completamente iluminada, parecía abandonada, y aunque por la calle principal vieron algunos pocos vehículos y unos cuantos repartidores, ella se sentía manejando completamente sola en medio de millones de habitantes.

No estuvo desubicada en ningún momento de la ruta salvo por los últimos tres giros del volante, que los alejaron de la arteria principal del sector comercial de San Andresito, y los llevaron a lo que parecía un sector de bodegas viejas y tenebrosas, coronadas en el centro por una enorme estación de policía. Ella supo que nunca hubiera llegado por sí sola a ese punto de la ciudad y que ya guería salir de allí.

Con esos tres últimos giros también parecía que habían dejado la cuarentena atrás, hombres y mujeres ataviados con su color verde limón subían y bajaban a grupos de borrachos, de ancianos, de jóvenes, de habitantes de calle y de algunas prostitutas que resistían al encierro, arriándolos de unos carros pequeños a unos carros grandes.

En algunos casos a unos los entraban a la estación, mientras otros pocos salían de ella con pinta de estar desubicados.

La conmoción era bastante y el cuadro se completaba con varios vendedores ambulantes ofreciendo todo tipo de bebidas para enfrentar el frío de la mañana, que todavía se negaba a darle paso al calor del día.

Ella no pasó por alto los carritos de mercado repletos de termos blancos y, sin sentirse lo suficientemente serena para entrar a una estación de policía en ese momento, le dijo a su marido que estaría donde los tintos e incluso le preguntó si quería algo. Cruzó la calle con rumbo al vendedor que más limpio le pareció, a quien no le pidió un café, sino un vaso de maicena caliente; años trabajando en el centro le permitieron descubrir que tinto no era el único elixir que podía emanar de aquellos termos coloridos.

Él no quiso acercarse a lo que le pareció la recepción hasta que no la vio cruzar la calle entera y estar suficientemente cerca del vendedor, donde creyó que estaría segura. Se dirigió al edificio y a punto estaba de atravesar las robustas puertas de metal cuando la sensación apremiante de estar siendo observado le hizo girar la cara.

Desde una tienda pequeña, ubicada en la esquina opuesta de la calle, una figura le llamó la atención. Lo vio sentado en una silla de plástico, con un vestido azul que no era de su talla y unos tacones de abuela. Era su padre quien, de alguna manera, se le antojaba aún más ridículo por el tapabocas en la cumbamba que por el vestido excesivamente apretado y que, mirándolo tranquilamente, terminaba a sorbos su aromática.

Él lo miró de arriba abajo, con más curiosidad que sorpresa. Espió a su esposa, quien seguía distraída con su bebida y, como echando carreras, se escabulló hasta donde se encontraba su padre sin que ella lo viera y se sentó a la mesa frente a él, en la única silla de la tiendita que afortunadamente continuaba vacía. Quería regañarlo, sí, pero tan tranquilo lo veía que no pudo sino contagiarse de su calma.

—Adivino... ¿Luz? —le preguntó a su padre en un tono más curioso que inquisitivo.

-¿Cómo sabes?

—Un tipo me llamó diciendo que a la señora Luz se la había llevado la policía y ahora que te veo, pues até cabos.

Luz se rio y su hijo no pudo sino acompañar la risotada.

—Yo pensaba que se había feriado el celular...¿Marta te acompañó? —le preguntó a su hijo sin darle tiempo de continuar el interrogatorio.

—Sí —dijo y volteó la mirada—, pero piensa que estoy adentro.

-Mierda

—¿Por qué no te metieron?

—Seguro le gusté a un tombo. Cuando llegamos me sacó primero y me empujó lejos del grupo. He estado acá esperando a que comenzaran a subir los buses porque me robaron en la patrulla la billetera y no tenía el celular, pero los papeles los pude salvar.

—Ya entiendo y entonces ¿con qué plata ibas a coger el bus?

—Acá quedó en el otro bolsillo —dijo, metiendo la mano en su vestido y sacando un manojito del corpiño que hacía las veces de cartera.

—Bueno —dijo su hijo desviando la mirada y se ruborizó al pensar que no le incomodaba el pecho de su padre sino más bien el encontrar ese pecho cubierto

por el vestido de su madre—. ¿Qué fue lo que pasó en la casa? —preguntó para cambiar de tema.

—Lo estaba buscando —dijo, agarrando y sacudiendo una esquinita de las ropas de su esposa—. Debía estar colgado en el armario, pero Gladys seguro lo metió a la lavadora porque lo encontré colgado en el tendedero.

-Bueno, ¿te llevo?

—¿Con Marta? Tan pendejo —Carlos lo miró extrañado pues su papá no era de insultos—. No me quiero subir para que aquella comience con la preguntadera, déjame para el taxi.

El llamó a su pareja, le preguntó dónde estaba y le dijo que mejor lo esperara en el carro ya que él seguía adentro buscando que le dieran alguna razón de su papá, pero que seguro no se demoraba. Cuando pasó un tiempo prudente se acercó al carro con cuidado y, simulando que salía de la estación de policía, le dijo a su mujer que lo importante era que ya sabían dónde estaba su padre y que estaba bien, le inventó que se vio involucrado en un lío de faldas, riéndose por el subtexto de la afirmación. Le dijo que lo mejor era que volvieran a descansar y que él se encargaría de sacarlo temprano cuando se cumplieran las horas determinadas.

Ella se negó rotundamente queriendo prestar su ayuda, así que decidieron volver a casa de su padre a organizar un poco el desorden. Durante todo el camino de vuelta a la casa de su suegro ella no quiso hablar, o sí quiso, pero prefirió no hacerlo pues estaba esperando que él iniciara la conversación. Sentía mucha pena por su esposo, pues imaginaba que no podía ser fácil haber visto a su padre, seguramente borracho, o peor en las celdas de aquel sitio horrible, sensación de lástima que solo se

incrementó cuando lo vio subir al carro sin dar la consabida vueltica alrededor de él y, más aún, cuando se tomó el tinto que ella le había guardado, más por decencia que otra cosa, ya frío, de un sorbo y sin chistar.

Lo acompañó entonces, de manera estoica, a limpiar y organizar el curioso mosaico que el viejo había dejado en el apartamento, formuló tímidamente un par de suposiciones acerca de la posible inestabilidad de la salud mental de su suegro y, aunque vio que su marido le respondía sin incomodidad, sintió que por el impacto esas elucubraciones lo traían sin cuidado. No se demoraron mucho en terminar la labor de limpieza y ya estaban por irse, cuando ella reparó en su esposo mirando meditabundo el closet en el cuarto de sus padres, por lo que decidió, como hicieron en la mañana, bajar primero al carro y conducir de vuelta a casa sin plantear más preguntas que las necesarias.

A ciencia cierta él no entendió nunca por qué el impacto no había sido mayor. Seguramente a causa del shock tardío los recuerdos del camino de vuelta le fueron vedados de su memoria, solo quedarían en su mente un par de momentos que volverían a él en las circunstancias más inesperadas. El primero, cuando colgó en el armario los vestidos de su madre que por meses o años no había visto, fijándose particularmente en el espacio que dejaba la ausencia del vestido azul. El segundo, el largo rato que pasó analizando en su casa el curioso y ahora preocupante parecido entre la disposición de su desorden en el piso con aquel que recogieron en casa de su padre.

Cuando por fin lo vio llegar al cuarto para acostarse ella solo atinó a mascullar de manera aliviada y un tanto burlona, "pensándolo en retrospectiva fue un espectáculo lamentable" y se hizo pupa entre las sábanas dándole la espalda y mandando un pico sonoro a la pared.

Él no pudo corresponder el beso; se quedó pensando en que aquella definición, si bien por otras razones, no pudo ser más acertada, pues a Luz el vestido ni le quedaba.



## Estefanía Rodríguez Rozo Editora Candi Mayerly Lasso Eraso Autor Laberinto Celulpas



**Estefanía Rodríguez Rozo** Editora

eflexionar en torno al proceso editorial en Elipsis 2021 implica repensarnos en el encierro. ¿Salir? ¿Quedarnos adentro? ¿Conectarnos de forma virtual? Como editores tuvimos siempre el deseo de encontrarnos, pero yo he perdido un poco la esperanza. Sin embargo, no todo ha sido pérdida. Editar en el confinamiento me llevó a un ejercicio casi epistolar con Candy, tal vez como un remedio a la distancia y a la imposibilidad por dialogar en el mismo espacio sobre los caminos que pudieron tomar Lucía y Antonio. Yo no quise un ejercicio de pura "marginalia" y comentarios fríos al lado del texto, sino una oportunidad para retejernos en esta virtualidad.

Pese a la situación en la que transcurrió todo, puedo decir que tal vez conocí más a mis compañeros de lo que otros grupos de Elipsis pudieron hacerlo; lo digo porque pude ver en los fondos sus bibliotecas, sus familiares que pasaban desprevenidos, los gatos que desfilaban de forma delicada sobre los teclados y las camas bien tendidas. Pero más allá de ello, pudimos reconocernos en la incertidumbre de nuestros propios encierros y, aún más simbólico, en el sinsabor, el enojo y la tristeza del estallido social (incluso con algunas lágrimas que se pixelaban).

Creo, con total convicción, en el poder de la palabra dicha o escrita. Creo que nuestros encierros se difuminaron por breves momentos en nuestros encuentros virtuales. Y siento que leer nuestras ideas de salir del confinamiento nos confrontó con todos los lugares, las ciudades y las habitaciones que hemos habitado.



Candi Mayerly Lasso Eraso

Autor

ntento hacer la espera menos larga con el vino. Este no solo disminuye la ansiedad, sino que poco a poco me lleva a un estado de confort que me permite olvidar el encierro de la cuarentena, la rutina y el desdén que me deja el finalizar los días cada que despierto y voy a la cama haciendo lo mismo una y otra vez. Me veo suspendida en una nube, desde arriba: pequeña y empoderada. Me apropio del momento, trato de romper el automatismo e intento despedazar el muro de indiferencia que consume mi matrimonio. Me armo de valor para surfear la ola de mis inquietudes y sus consecuencias. ¿Por qué se demora tanto en salir? Dios... ¿Cuál será su impresión cuando vea todo lo que he preparado? ¿Antonio se quedará esta noche conmigo o volverá a encerrarse en su oficina?

El encierro sacó a flote interrogantes que debo afrontar con temor. La conversación, que había sido la cómplice desde el primer momento en que nos conocimos y nos había llevado a dar un paso fundamental en la relación, ha disminuido con el tiempo y hoy es casi inexistente. Él está cada vez más reservado, siento que lo he perdido. La cuarentena hizo evidente que nos habíamos distanciado, éramos un par de desconocidos que compartían un espacio. No sé si su trabajo y mi entrega a la docencia nos ha consumido al punto de ya no tener intimidad como pareja. La complicidad de los días pasados sucumbió en una vida de responsabilidades y prioridades. A Antonio lo consumen las ocupaciones de la universidad. En las mañanas da clase, alguna charla o ponencia, en las tardes se encierra en su oficina hasta que llega el momento de la cena, y los fines de

semana comparte con sus viejos amigos por video llamada, hablan de política o algún tema que involucre historia. Por el contrario, en mi caso la estadía en casa ha intensificado el trabajo, tengo exámenes, talleres y tareas por calificar. Y, desde que Nury murió de Covid, las clases que ella dictaba quedaron a mi cargo. Como si fuera poco, tengo que mantener limpio un apartamento y cocinar. Estaba tan paranoica por la situación que le pedí a mi empleada, Yolanda, que dejara de venir hasta que hallaran una cura. ¡Demasiado trabajo! Siento que he sacado fuerzas de donde no tengo, sé que esta noche servirá de algo.

En las diferentes ocupaciones que demandan el trabajo de ambos y luego mi maestría, nos vimos cada vez menos, quedándonos con versiones viejas de nosotros mismos. En estos tiempos su presencia me es necesaria, pero en los momentos cuando más necesité hablar, cuando más necesité su compañía, su afecto, el amor que nos juramos hace tiempo, encontré solo silencio. Esta fatigosa e interminable reclusión nos enfrentaba con quienes éramos, un nuevo plano de nuestra vida con un nosotros en penumbra y con una situación de nunca acabar.

La espera es inacabable. Voy por la cuarta copa de vino. Me pregunto si esta idea de querer romper la rutina y hacer algo diferente servirá de algo. Le echo un ojo a la mesa y me sorprende la rapidez con la que armé todos los preparativos. El comedor, la vajilla nueva, las velas que van por la mitad, la comida servida, las copas junto a la botella de vino. Y luego estoy yo. Una vez los preparativos estuvieron listos, me apliqué algo de maquillaje y me recogí media melena con una trenza, el resto de cabello lo dejé suelto. Me puse el vestido rojo que meses atrás había comprado para asistir a un evento que luego fue cancelado, cuando el mundo comenzó a colapsar. Aunque destaca esos kilos de más ganados en estos últimos meses, siento que hace sobresalir mis curvas.

Hago un esfuerzo por no terminar la botella de vino. Al término de un buen rato, Antonio sale a la cocina en busca de la cena, lo veo pensativo, mete su pañuelo en el bolsillo del pantalón, sube su mirada y

me encuentra bajo el claroscuro de la luz ámbar, mis piernas cruzadas y con una copa en mi mano derecha. Su semblante cambia, está estupefacto. Una tenue luz brilla en sus ojos marrones, mientras se dirige a la mesa donde las velas adornan de forma sutil la vajilla y las copas.

–¿Y esto?

 –Quería sorprenderte. Pedí comida china y pizza, no sé qué quieres comer.

-Comida china.

Le sirvo una buena porción de arroz chino y lo mismo para mí. La delicadeza con que sostiene la copa de vino me recuerda el día que lo conocí. En medio de la algarabía de las voces de estudiantes y el tintineo de los platos, añoro aquel tiempo. Veía a Antonio en los pasillos de la universidad, aun no lo conocía, me parecía un hombre con aires de incomparable superioridad. Esta impresión cambió cuando me lo presentaron. Emilia me pidió que la acompañara a la cafetería. Él estaba ahí, lo vi igual que en este instante sostenía el vaso de café con la misma delicadeza. Saludó a Emilia y ella nos presentó. Nos sentamos a disfrutar del café y la conversación fluyó de una manera natural, hablamos desde lo más banal a asuntos fundamentales y por supuesto, de nosotros. Me contó que era payanés y que concluiría su maestría en Bogotá. Por ese entonces yo estaba cerca de finalizar el pregrado; al igual que él, había llegado a la capital para estudiar. Con el tiempo supe que su familia tenía un bufete de abogados, pero él había decidido ser la oveja negra de la familia, y en vez del mundo de leyes optó por el de las letras, la historia y las ciencias políticas. Aquel día nos quedamos horas en esa cafetería, la conversación fue tan entretenida que olvidé entrar a clase. Cómo olvidar cuando nos paramos de las sillas, Antonio se enredó con la pata de la mesa, la sacudió tan severo que todos los del lugar voltearon a vernos, yo no podía parar de reírme. Este acontecimiento fue el inicio de lo que sería el compartir una vida juntos. El sonido del tenedor en el plato me trae de nuevo al presente.

La conversación no sucede, trato de preguntar por su ponencia, la clase de la tarde, pero sus respuestas son secas y cortantes, como si en el fondo le hubiera disgustado todo esto. No le doy importancia y continúo con la iniciativa.

Me paro de la mesa y le subo el volumen a la música. Me confunde el disgusto de Antonio, pero veo que él también está desconcertado por mi actitud. Me observa mientras levanta su copa de vino. Noto su aburrimiento, tiene la intención de pararse de la mesa y volverse a encerrar. Simple, no quiero obligarlo a hacer nada que no quiera. Me dirijo hacia el balcón, abro la ventana y me llevo la copa de vino conmigo, su actitud de fastidio me impulsa a la indiferencia y a esperar ¿Cuál será su determinación? ¿Pretende quedarse con esa incomodidad o va a tratar de disfrutar esta velada? Nuestra única compañía es el sonido de la música retumbando en las paredes de la habitación. Después de un rato se levanta de la silla y se acerca, parece que su turbación lo impulsa a buscarme.

-La noche fría y el cielo cálido -dice esto mientras se acerca a la ventana.

Lo ignoro. Aprecio el enorme lienzo donde brillan una cantidad infinita de estrellas, se viene a mi mente Nico, cuánto le gustan estas noches ¿Cuándo lo veré de nuevo? ¿Estará comiendo bien? Su ausencia me oprime el pecho, me invade de nostalgia. No hacen falta palabras para que el instante nos envuelva en lo fascinante del cosmos. Disfrutamos del espectáculo hasta que digo:

- -Si Marx alguna vez dijo que la religión era el opio del pueblo, yo digo que nosotros somos el opio del mundo.
- –Solamente que, para Marx, la religión era una muy buena herramienta para las clases dominantes, principalmente porque atenúa el sufrimiento del pueblo a través del acto de hacerlos experimentar las emociones religiosas. Nosotros simplemente somos la destrucción intrínseca del placer.
- -Olvidaba lo que se siente que te contradigan los argumentos.

Sus ojos se entrecierran como si reaccionaran a una luz brillante y cegadora, frunce sus labios, sin decir nada, aparta mi copa y, enérgico, toma mi cintura y me lleva al centro de la sala. Empezamos a bailar algo descoordinados, hemos perdido práctica, Antonio me pisa, trato de restarle importancia y evoco nuestros años de juventud. Traigo a la conversación el viaje a Machu Picchu, el mejor que hicimos.

-¿Recuerdas la caminata por las paredes de piedra en Machu Picchu? Era nuestro primer año juntos, la primera vez que salí del país. Y cómo olvidar el susto cuando el águila pasó a nuestro lado, primero el sobresalto y luego moríamos de la risa.

-Machu Picchu, cómo olvidar este paraíso inca. Valió cada momento. Recuerdo cuando habías salido a comprar protector solar y a la media hora me llamaste asustada. Te habías alejado tanto que no sabías cómo volver. Yo salí tan rápido que ni me di cuenta que iba en chanclas.

Nos reímos contando esta anécdota hasta que la canción acaba. Intuyo que la mejor forma de evitar un disgusto por lo que está por pasar, será elogiarlo primero para que su egolatría lo ablande un poco. Empiezo a decirle que su discurso en las ponencias me parece más elaborado, logra atrapar al espectador y llenarlo de emociones. Le cuestiono lo importante que es pensar en bajar el nivel y más si se trata de estudiantes de primer semestre. Antonio no piensa igual; para él lo importante es que los estudiantes lean, adquieran un buen ritmo de lectura y comprendan los términos en los primeros dos semestres de carrera.

Para este instante, el poder del vino se ha hecho cada vez más intenso, nuestros cuerpos y el momento exigen algo más fuerte. No lo pensamos tanto, pedimos dos medias de aguardiente. Esta decisión hizo la noche más interesante. Antonio está cada vez más relajado, parece que todo puede salir bien. Incluso, logra darle un giro a la conversación, lo que me hace feliz; siento su motivación.

### -Cuéntame, ¿por qué no podías dormir en la mañana? -le paso la copa de aguardiente antes de responder.

-Me perturbó un sueño, pero no es tan diferente a los que he tenido siempre. Estaba en el océano, el agua era muy azul pero no sentía las olas, era como si el mundo se hubiera detenido, aun así, me sentía tranquila. De pronto la situación se empezó a poner tormentosa y la tranquilidad que el mar me proporcionaba se estaba convirtiendo en caos. Empecé a ver como las palmeras, los árboles y la arena perdían la forma, se desvanecían. De pronto, una ola enorme se levantó frente a mí y cuando me empezó a envolver en el remolino desperté. Desperté sofocada y con un sobresalto que pensé no había sido tan fuerte porque tú seguías dormido. La verdad me asusté, luego intenté relajarme y volver a dormir.

–¡Ah!, definitivamente se parece al tipo de sueños que tienes siempre. Alcancé a sentir que dabas unas cuantas respiraciones fuertes. Pero el cansancio me pudo, me había quedado hasta tarde corrigiendo exámenes. Seguro no llevaba ni tres horas dormido cuando empecé a sentir tu inquietud.

-Seguramente es porque la monotonía me ha vuelto algo sensible.

Llega el aguardiente. Comenzamos a bailar y a tomar con más frecuencia. Después de un rato, el efecto de los tragos turba mi mente, ahora me siento más sincera para hablar de cosas que sobria no diría. Y las siguientes palabras que salen de mi boca marcan el rumbo de la conversación:

-No sabes la falta que me hace el campo, ver a mi madre y que Nicolás venga a visitarnos. Todo esto empieza a afectarme y presiento que los sueños me anuncian algo.

Siempre ha sido la forma en la que mi cuerpo y mi mente se ponen de acuerdo cuando las cosas no van bien.

-Los sueños no siempre dicen o hablan de la forma que crees. A veces son solo expresiones y repeticiones de lo que vemos u oímos en el transcurso del día. No deberías darles tanta importancia. Extrañas el campo, a Nico y a tu madre. Lo sé. Tanto que hablé en la mañana con Nico y me dijo que podría viajar a Cali con un amigo que vive en Medellín y una vez allá, lo podemos recoger. Quería darte la sorpresa, pero creo que el momento lo amerita.

La rabia se disipa. Después de cinco meses de encierro y lejanía, por fin vería a Nicolás. Una cosa es que él diga que está bien al hablar por teléfono, que los estudios lo entretienen, pero otra cosa es lo que una mamá puede percibir cuando lo tiene al frente, sin el filtro de una pantalla. Lleno las copas de aguardiente, le subo el volumen a la música y le pido a Antonio que bailemos.

–¡Ay! ¡Qué lindo! Gracias por esta noticia. ¿Cuándo hablaste con él?

-Ayer por la mañana. No hablamos mucho porque estaba angustiado por un parcial, pero me alcanzó a decir que había planeado el viaje con un amigo para poder llegar hasta Cali.

Su celular, que había puesto en la mesa, empieza a vibrar. Antonio se dirige al balcón a contestar. Me llevo la botella a la boca, me tomo un gran trago y sigo con mi baile. Ya me siento lo bastante prendida para no parar.

Por un lado, me alegra que voy a ver a Nico pronto, pero un pensamiento negativo me invade y me llena de preocupación. ¿Quién lo llama

a esta hora? Tomo mientras bailo y en cuestión de instantes, en medio de mis vueltas y el desorden de mi cabeza, Antonio se acerca decidido, agarra mis manos y juntos bailamos.

–¿Y esa llamada a esta hora?

-Fernando, quería discutir un desacuerdo que tiene con algo que dije hoy en la ponencia, pero ya le dije que se espere al sábado. No me creía que estoy en estas contigo.

-¿Fernando, el profesor de filo?

-Él mismo, nos la pasamos como perros y gatos, el día que por fin coincidamos en algo, ese día será el principio del caos.

–A propósito, ¿te sorprendí?

-Me sorprendiste, claro que sí. Me gusta verte radiante y risueña. Aunque sí se me hizo raro que de la noche a la mañana hicieras esto.

-Quería romper la rutina, estoy cansada de todos los viernes acostarme igual de cansada y con el peso de una semana que se lleva lo mejor de mí.

Me siento repleta de vida y con ganas de que la noche no termine. A este punto ya hemos bailado un par de canciones, y nuestro baile ha mejorado, estamos más coordinados; lo que hizo que nos apretáramos fuerte el uno con el otro. La sensación hace que mis pensamientos negativos se desvanezcan. Nos miramos mientras el fuego de la pasión aumenta. La canción termina, Antonio toma entre sus manos mi rostro caliente por el alcohol y me besa. Este hecho me frena en seco. Lo vi viejo, más

canoso, sus ojos tienen patas de gallina y sus líneas de expresión son más marcadas. Me fui al pasado, al primer destello de esa pasión que el tiempo había extraviado entre nosotros. Sonrío. Estoy dichosa porque lo tengo, hasta que mi dicha es interrumpida por su celular, de nuevo. Se dirige esta vez a la oficina, había olvidado enviar unos documentos antes de las 8:00 pm.

Antonio vuelve a la sala sin demora. Está menos tenso, parece que con cada trago su deseo por mí aumenta. En cada canción algo diferente y atrevido ocurre. En las canciones lentas como con bachata, nuestros rostros se juntan. En la salsa, él abre sus manos y me agarra vigoroso la cintura. Baja hasta mis muslos y luego vuelve a subir hasta mi espalda. Un vaivén de placer. Puedo sentir el roce de sus dedos tanteando todo mi cuerpo. En el vallenato, nos damos un respiro para cantar a todo pulmón. En el merengue, en la parte de: "quiero, que me recuerdes con la canción que nos hacía callar, esa que nos decía de que algún día la despedida tendría que llegar...", vuelvo al pasado, cuando éramos jóvenes, cargados de sueños y con ansias de comernos el mundo. En otras canciones, cuando doy la vuelta y me quedo dándole la espalda, él me aprieta contra su cuerpo. Por instantes siento su miembro, al mismo tiempo que sus manos hacen un recorrido excitante, pues salen desde mi cuello, pasan por mis senos, descienden sin pausa por el valle de mi abdomen, hasta terminar en mi entrepierna. La euforia que alcanzamos cuando bailamos nos lleva a beber más. Ya hemos terminado dos botellas de vino y la primera media de aquardiente.

–¡No sé hace cuánto tiempo no bailamos así! – Le digo, tirándome al sofá. El sudor recorre la frente de Antonio. Aunque hay una silla libre al lado del sofá, Antonio se sienta conmigo levantando mis piernas en su regazo. En ese instante mi plan toma forma y un impulso del momento me lleva a preguntarle:

-¿Qué te parece si jugamos?

- −¡Ay no Lucía! Ya te vas a tirar la noche.
- -La pasaremos mejor. Hazme caso.
- -Te pusiste creativa por el trago. ¿Cómo es el tal juego?
- –Vas a tener derecho a tres preguntas que siempre me has querido hacer. Te las responderé con total sinceridad y tú harás lo mismo.
- -Mmm, no lo sé. ¿A qué viene esto?
- -Pues... La verdad de eso se trata el juego. Seremos muy honestos el uno con el otro.
- –¡Ay! Lucía, ¿tienes algo qué decir? No te pongas con rodeos y sé directa.

Tiene razón. Quiero hacerle algunas preguntas enfocadas a asuntos del pasado, pero no quiero que piense que me importa a tal punto de preparar todo esto para saber la verdad. Hay muchas cosas que deseo preguntarle, y escoger solo tres de ellas será todo un reto para mi ingenio. Sé que si quiero hurgar en lo que piensa y lo que siente, debo iniciar con sus actitudes rutinarias o pensamientos fortuitos.

- -Si tuviera algo importante por preguntar ya lo habría hecho, quiero que la noche sea especial. Si quieres, pregunta tu primero.
- -Pues bueno, ya qué. Empecemos a hacer la noche especial -se queda un rato en silencio, luego pregunta-: Pensé que no te gustaba la tecno cumbia, ¿por qué de pronto es lo que más te gusta bailar?

**British Council** 

## Sonrío al escucharlo, pero sus ojos y su seriedad me confirman que hace esta pregunta con verdadera severidad.

-Llevo bastante tiempo en Popayán. Sé que esa música es cultura para ustedes y sí, tienes razón, lo confieso, cuando llegué se me hacía extraña porque no sabía cómo bailar. En el eje cafetero eso ni se oye. ¿Ahora qué tal?

Me paro del sofá doy media vuelta y me alejo un poco para que observe mientras me muevo muy sensual. Él sonríe complacido.

- –Mi turno. ¿Alguna vez has deseado a una mujer tanto para serme infiel?
- –¿De verdad quieres saber eso?
- -Por supuesto -su respuesta me pone en alerta.
- -Bien. Tengo que serte sincero, ha habido muchas mujeres que he deseado a lo largo de la vida. Soy hombre y creo que la belleza de una mujer es excepcional. Pero de ahí a traicionarte, estoy lejos de eso. Lucía, he cometido muchos errores en mi vida, pero traicionarte no va ser uno de ellos. Eres la madre de mi hijo, con quien me casé y a quien elegí como mujer. ¿Me has sido infiel alguna vez?
- -¿Recuerdas al tipo que estuvo saliendo con Ana? el alto musculoso que llevaba a todos lados...
- -No, no creo -su tono hostil refleja su disgusto.
- -Bueno...

No sé cómo consiguió mi número, me empezó a llamar de manera insistente para que saliera con él. Nunca acepté y por supuesto, le conté a Ana...

-¿Me engañaste con él? -me interrumpe Antonio

-No. Nunca te dije porque sabía que lo hubieras puesto en su sitio y ya bastaba con lo que le dije.

-¿Ah, sí? ¿Qué le dijiste?

-Le recriminé lo irrespetuoso que era al hacerme ese tipo de invitaciones. Sabía que estaba casada y Ana es mi amiga, por ende, ese tipo es su ex novio. Mis principios me impiden hacer algo así ¿tú lo hubieras hecho?

-Ya te lo dije Lucía, lo más que puedo llegar a hacer es admirar la belleza, quedarme mirando como pendejo, pero de ahí a lo que preguntas, estoy de acuerdo contigo; tampoco iría conmigo.

-Está bien. Los Ramírez, ¿por qué no volvimos a hablar con ellos?

Aspiro a bajar el nivel de la charla, y esta es una pregunta cuya respuesta no me va a quitar mucho tiempo. Quizás dirá, nos peleamos o nos dejamos de hablar, en fin. Ya sé que no me fue infiel y que no hay nadie más. Ahora lo que me interesa es llegar a la tercera pregunta y que me diga ¿Por qué se alejó de mí?

-¿Cómo así? ¿Esta es otra pregunta?

-Sí, es la segunda.

Los Ramírez eran una pareja de esposos que frecuentábamos, pero de la noche a la mañana Antonio se alejó de Carlos. No se le volvió a ver en nuestras reuniones, ni en nuestro círculo familiar. Trabajaban juntos y tenía entendido que Antonio le había sido de gran ayuda a Carlos para ganar diferentes casos que tenían que ver con territorios. Luego no volví a ver a

Margot, su esposa, que era todo un misterio para mis amigas, porque siempre se veía retraída y cuando le preguntaban algo en público respondía de forma hostil. Yo, en cambio, veía a una mujer sometida a la autoridad de un hombre, que la había privado en algún momento de su vida de ser ella misma. No obstante, de vez en cuando teníamos buenas conversaciones. A pesar de su soledad y ensimismamiento, me parecía una buena persona. De repente no volvió a la peluquería en la que nos encontrábamos a menudo.

Antonio examina la copa que tiene entre las manos, pensativo. La levanta y se toma el trago sin vacilar. Luego se para eufórico directo al sonido.

–Esa canción nunca me ha gustado. ¡Carajo! ¿Hay algo realmente bueno?

Parece alterado. ¿Me querrá hacer creer que su disgusto es por la música, o lo que acabo de preguntar tiene algo que ver? Cambia las canciones con mucha rapidez.

-La verdad no sé. No sé de él... ¿En qué? Tres años.

Su ofuscación me deja un poco inquieta, su reacción me da a entender que oculta algo. Insisto y trato de obtener una respuesta:

-Pero trabajaban juntos. ¿Qué pasó? ¿Lo echaron? ¿Se fue?

Puedo notar que mi incitación a saber algo de esta familia impacienta a Antonio. Evade mis preguntas con un nerviosismo que lo delata, su rostro de un momento a otro se ensombrece y sus ojos parecen apagados.

-¡Esa canción me encanta! Vamos a bailar –da un giro y cuando voltea hace caer el florero. Trato de desprenderme de su cuerpo para recogerlo y él no lo acepta, bailamos y mi desconcierto aumenta. ¿Por qué se

British Council

Elipsis 2021

62

puso así con una pregunta tan aparentemente trivial? Pensé que me diría, el tipo se fue, lo despidieron y ya no me volvió a hablar... ¡Yo que sé! Pero ¿por qué la conmoción? La canción termina, voy a bajarle el sonido a la música, me quedo unos segundos con las manos reclinadas sobre el estante del sonido, y pienso ¿qué carajos está pasando aquí? Me volteo hacia él.

-Quiero que me digas por qué tú y Carlos Ramírez dejaron de tratarse. ¿Qué pasó realmente con esa familia?

Antonio se para del sofá y golpea la pared hasta que se le crispa el rostro de dolor. Es como si hubiera encendido un interruptor y toda la fuerza de sus emociones lo inundara. Ya no está encerrado y reprimido. Es explosivo. Volcánico. Antes que pueda decir una palabra, se para en medio de la habitación con los puños cerrados y la quijada apretada, y grita.

-¡No puedo soportarlo más! Siento una opresión en el pecho que no aguanto.

-Antonio, ¿Qué ocurre?

Su cólera y el nivel de alteración me indican que estamos llegando demasiado lejos. Cierra los ojos, parece en trance.

Voy a la cocina por un vaso con agua. El escalofrío en mi cuerpo me anuncia que algo muy malo está por pasar, el nerviosismo me invade. Antonio sigue de pie. Patea con fuerza el florero que está en el suelo y esparce los restos por la sala; este ataque parece apaciguarlo un poco, se rasca la cabeza, se sienta y oigo palabras salir de su boca. Yo pongo el vaso de agua en la mesa y me siento frente a él.

-Eso pasó hace poco más de tres años, en ese entonces sabes que le estaba colaborando a mi familia a ganar

algunos casos que tenían que ver con territorios aquí en el Cauca. Carlos era el encargado de ese caso en específico, llevaba años con la familia y había ganado cancha en ese tipo de asuntos. Yo me encargaba de la parte histórica, también iba hasta la comunidad, hablaba con ellos, intentaba ganarme su confianza para convencerlos de vender. Lo cierto es que con Carlos tuvimos desacuerdos. Su manera de actuar era rígida y autoritaria, no soportaba que le llevaran la contraria nunca. Tú sabes cómo soy, no podía simplemente callarme y dejar que el tipo pasara por encima de quien fuera para obtener lo que quería. Esa ética del superhombre nunca ha sido lo mío, lo desprecio, desprecio todo lo que tiene que ver con ese tipo de ideologías capitalistas. Al final estuve obligado a respetar esas decisiones que, posteriormente, ayudaron a ganar el caso. Por supuesto, la amistad con Carlos se quebró. Pude conocerlo más a fondo y saber cómo trabajaba y comprendí qué hacía por debajo de cuerda.

Cuando Antonio termina de hablar empiezo a unir las piezas del rompecabezas. Por un lado, sé que, si bien algunas de mis actitudes habían disgustado a Antonio en los últimos años, no es razón suficiente para enclaustrarse tanto. Y por otro lado la enemistad con Carlos y el caso de los territorios que, pensándolo bien (qué coincidencia), está relacionado con la enemistad de Antonio y su familia en el mismo periodo de tiempo.

¿La indiferencia de su familia hacía Antonio tendría que ver con Carlos? Antonio siempre fue el hijo predilecto, a pesar de que hubiera escogido otro camino, pero de la noche a la mañana, tan abruptamente como el fin de su amistad con Carlos, dejó de ver con tanta frecuencia a sus hermanos. No lo había notado, tal vez porque siempre estuve un poco alejada yo misma de esa relación simbiótica que ellos tenían, pero a la luz de las revelaciones de Carlos, esa indiferencia toma sentido.

Es como si todo me estuviera llevando a este punto. Decido no continuar indagando. Sé que la tercera pregunta me revelará todo lo que necesito saber.

– Dime la razón exacta por la que dejaste de ayudar en el bufete de abogados de tu familia.

Se dirige a la ventana mientras se toma el trago que le había servido. Mira de soslayo el reloj y, desplazándose de un lado a otro de la habitación, empieza a hablar.

> -Cuando estaba trabajando con Carlos y la comunidad indígena que tenía el territorio surgieron problemas. Uno de ellos fue que la comunidad que estaba en el territorio lo consideraba ancestral, y así era. Resulta que esas tierras habían pertenecido a los primeros paeces que, tras la llegada de los conquistadores al territorio caucano por allá en 1533, fueron el pueblo que más resistencia tuvo, muy diferente a la suerte de los pubenses, sus vecinos los coconucos, totoró y guambianos, cuyo sometimiento se dio desde el momento mismo de iniciarse la conquista. Los españoles, ante la imposibilidad de dominar a los paeces, se vieron obligados a llegar a un acuerdo en el siglo XVIII, el consagrado en la escritura otorgada a Juan Tama, cacique de los paeces. Mediante este acuerdo el Marqués renunciaba a sus derechos de encomienda, facilitando así la delimitación de los Resquardos.

Te doy esta micro clase de historia para decirte que el establecimiento de los Resguardos, permitió a los indígenas el dominio sobre parte del territorio tradicional y el ejercicio del poder político representado en los Capitanes y el Cabildo, instituciones que, si bien, no eran propias, fueron rápidamente apropiadas por la cultura indígena.

A partir de entonces, es la tierra que heredaron sus ancestros y que actualmente habitan o habitaban

Me comienzan a hormiguear las manos. Siento que la sangre me empieza a hervir. No logro procesar toda la información con la que me atiborra Antonio.

–No te quiero aburrir, pero esto es importante para que entiendas la negativa de los indígenas para vender estas tierras. Carlos me dio cierto periodo de tiempo para convencerlos, evitando que tuviera que recurrir a soluciones radicales. Intenté de todo, aumentar el capital, una sociedad, trasladarlos a otro lugar. Proponerles llegar a un acuerdo donde ambas partes salieran beneficiadas, pero la negociación con los líderes fue imposible. Al cabo de ese tiempo, Carlos adoptó la decisión, deshacerse de esas vidas. Al principio quería mandar una advertencia, panfletos con amenazas para que salieran de ahí. No sirvió de nada. Los indígenas tenían resistencia, igual que sus antepasados. ¡Bendita resistencia!

No querían dejarse intimidar; es un pueblo que ha sufrido atropellos de toda índole. Eso es lo que los ha ido fortaleciendo a lo largo de la historia y ha sembrado en ellos un espíritu de lucha y resistencia. Aguantaron a los conquistadores, los colonizadores, los mismos grupos de izquierda, de derecha. Ahora resistían contra nosotros y nuestro abuso. En ese momento mi familia estaba encima mío, querían una solución rápida. Ya la había cagado hasta el fondo y no podía retroceder –bebió un trago grande desde la botella—. En términos de Carlos: "Toca mijo ir aumentando el número de pacientes, para que cojan miedo y salgan, pero volando, de allá".

### -¿Qué hiciste Antonio?

Su miedo se expresa en unos entornados y esquivos ojos. Está avergonzado y confundido. Comienza a hablar, pero se le hace un nudo en la garganta a causa de la emoción y sacude la cabeza.

Sus palabras lo ahogan y tartamudea.

-Lo cierto es que nunca quise llegar a tal extremo, lo traté de impedir a toda costa. Mi vida, mi concepción del mundo, mi moral y mi ética, se fueron por el caño.

–¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Dios! –quedé fría. Me levanté de donde estaba y encendí un cigarrillo. Me volteé hacia él y lo increpé—. ¿Por eso cambiaste tanto? Dejaste tu carisma, tu ambición y te encerraste en ti. Hasta te olvidaste de mí

–¡Por Dios Lucía, no seas estúpida! ¿No ves que maté personas? Y sí, te olvide porque tú lo hiciste primero, eres una egoísta de mierda, para vos solo está tu trabajo y tus amigos. Nunca te veía en casa, perdimos confidencialidades y atención con el otro, y ni hablar de Nicolás, nunca te interesas por las decisiones de tu hijo, no sabes quiénes son sus amigos, lo que le gusta o no. Y ahora que te sentiste encerrada quisiste hacer algo que te sacara de la rutina. Vienes acá a pretender arreglar algo que tu mandaste al caño hace mucho tiempo.

Su nivel de exasperación sube y sus ojos se clavan en mí con un sentimiento de desprecio. Yo en cambio, no entiendo esta situación. Estábamos bien, cantando y riendo. De un momento a otro todo cambió. Tengo tanto por procesar que el pecho me aprieta, me bloqueo y me resulta difícil hallar una respuesta. Me siento confundida, mi cabeza va a estallar. Ambos quedamos mudos, lo escucho respirar duro, tomar aire, exhala y con un tono apacible rompe el silencio.

-Lucía, albergo un horror en mi interior. El pasado no ha desaparecido. No lo he superado, ni eliminado. Sique vivo en mi interior.

British Council

Elipsis 2021

-¿Te justificas? Reprimir los sentimientos solo hace que sea más difícil liberarse de ellos. Me acusas de egoísmo, pero cuando me casé contigo lo único que me diste fue un segundo lugar, pusiste siempre los asuntos de tu familia primero ¿Soy culpable de querer avanzar en mi carrera de darle la libertad a mi hijo? Claro que no. De lo único culpable que soy es de querer permanecer con un hombre que siempre vivió a las faldas de su madre, y que

-No quería tener ya nada que ver con las personas que me llevaron a esto. Pensé que, si me alejaba de mi familia y todo lo que me recordara este hecho tan despiadado, podría encontrar mi antiguo yo en algún lugar, así fuera en la más sublime oscuridad.

como si fuera poco, lo llevó a convertirse en un asesino.

–¡Dios! ¿Y ahora qué pensará tu hijo cuando se entere que su padre es un asesino? ¿por qué le hiciste eso? ¿Por qué me pones en ridículo a mí?

Este hijo que lo ha visto con tanto respeto, con admiración, que ha creído en él. ¡Qué humillación Dios mío! Hubiera preferido no saberlo y divorciarme por la falta de interés o, simple, por la ausencia de amor. "La profesora que se casó con un asesino". Ya puedo imaginar esta noticia acabando con toda mi vida profesional y laboral. No es justo.

Antonio viene apresurado hasta mí, sujeta mis hombros con fuerza y me sacude con violencia mientras me habla.

-Entiende, maldita loca, no puedes decirle nada a nadie y menos a Nicolás.

-Antonio le fallaste a todo lo que eres, a todo lo que te has convertido. ¡Eres un hipócrita!

¡No! Eres un puto asesino. No mereces nada.

Me suelto con fuerza y él cae al suelo de rodillas, agacha la cabeza, está asustado, tiembla y aprieta los puños con fuerza. Casi puedo ver los diferentes sentimientos rompiendo sobre él en oleadas: el dolor, la vergüenza, el orgullo herido y la impotencia. Lo vi destruido, lejos de ser el renombrado profesor de historia con sus méritos y títulos. La imagen del hombre que no podría ser y no sería nunca. Me aparto de Antonio y voy por otro cigarrillo.

A lo lejos se empieza a divisar la aurora. El cielo se tiñe de tonos rosa con destellos naranja y amarillos. Permanezco un rato en silencio, fumo mi cigarro y aprecio el espectáculo recostada en el borde de la ventana. Pese a la zozobra que me deja esta madrugada, me siento aliviada, como si por mucho tiempo hubiera estado esperando la confirmación de algo. Un rayo de sol llena mi rostro de luz deslumbrando mis ojos, me golpea tan fuerte que me empuja hasta adentro. Miro a Antonio, está agachado con sus manos en la cabeza, no sé por cuánto tiempo estará así. Lo veo en un aura de desconocimiento, ahora es un extraño. Me dirijo a recoger el desorden. ¿Quién iba a pensar que esta sería mi última fiesta? De pronto escucho su voz una vez más.

–Sé que no es posible revivir el pasado, ser el que era, volver a ese lugar y hacer las cosas diferentes o renunciar. No hay nada que pueda modificar el pasado, que pueda convertirme en alguien distinto de quien soy. No hay vuelta atrás. Lo sé. Pero no puedo ignorar la sensación de que hay algo que me está esperando en mi antigua prisión, en donde estoy desde el día que decidí actuar, hacer las cosas de ese modo. Algo tengo que recuperar o descubrir. Una parte de mí perdida hace mucho tiempo. Y ni tú, ni nadie, va intervenir en ese proceso, así me toque volver a cargar con una culpa nueva.

Elipsis 2021

Antonio vuelve a la oficina y cierra la puerta tras de sí.

British Council



# Eres Tatiana Chiquito Gómez Editora Jorge Mario Rojas Gutiérrez Autor Que él



**Tatiana Chiquito Gómez** Editora

I trabajo del editor es silencioso y, en muchos casos, poco conocido". Más o menos estas fueron las palabras de bienvenida al taller de editores que Marta Orrantia nos dio a inicios de Elipsis en enero 2021. Antes de la oportunidad de ser editora en este hermoso proyecto, no me había detenido a pensar plenamente qué significa ser editor y acompañar el proceso creativo de un escritor. La verdad, tal como lo dicen las palabras de Marta, es un asunto poco conocido que, quienes no están en el medio literario o trabajan en procesos editoriales, confunden con la corrección de estilo

Entonces, para contar cómo fue mi proceso me parece necesario hacer una metáfora: un editor es como un actor o un cantante. Quizás pueden estar preguntándose por qué y cómo puedan conectarse las dos cosas, pero los invito a que piensen por un momento en todas las veces que han tenido la oportunidad de ver un actor en escena, o un cantante en una tarima o, incluso en estas épocas pandémicas, cuando vieron alguna obra en modalidad virtual. Lo que se les presenta ante sus ojos es una persona, o un grupo de personas, que interpreta una obra que puede tener el nombre que sea. Llámenla "A la diestra de Dios Padre", "El gran concierto de salsa", "El lanzamiento de...", el nombre, para esta metáfora, es lo de menos. Eso que ven y escuchan es ya el producto final de un proceso creativo,

de la inquietud que tuvo el artista por escribir esa(s) dramaturgia(s) o componer esa(s) canción(es). ¿Y lo que hubo antes? ¿Cuál fue el chispazo que llevó el artista a rayar el papel? ¿Con quién habló? ¿Qué lo inspiró? ¿Cómo lo hizo?

Empecé este viaje de editora en plena pandemia, en compañía de un grupo de chicos que no conocía y que, hasta la fecha, aun no conozco pero espero, algún día, encontrármelos por los recovecos literarios. Era estudiante de la Maestría en Literatura, de la Universidad Pontificia Bolivariana, de último semestre. Ya había pasado por procesos editoriales como investigadora y coautora de obras de creación, pero no me había percatado del trabajo que los editores hacen. Empecé cuando Marta, en los talleres para editores, nos dijo que lo mejor que nosotros podíamos hacer era hacerle preguntas al escritor, entrar un poco en su lógica creativa, hacerle saber cuáles eran sus aciertos y cuáles aspectos se podían fortalecer.

Así como el artista le presta su cuerpo, por momentos, al personaje o a la canción para poder lograr una excelente presentación y puesta en escena, eso somos los editores: prestamos nuestras capacidades lectoras y de ingeniería literaria para que los textos que vayamos a acompañar tengan bases estructurales fuertes y de impacto para lectores terceros. Somos un poco los abogados del diablo que hacemos tambalear, a veces, el escritor para sacarle lo mejor de sí.

En definitiva, este viaje en Elipsis me llevó a cambiar mi perspectiva en cuanto a la escritura y a la lectura convirtiéndome en una mejor acompañante de todo texto se presente ante mis ojos con la finalidad de sacar lo mejor que el autor pueda hacer para sus propios textos



Jorge Mario Rojas Gutiérrez
Autor

is pulmones se esfuerzan por alcanzar cualquier molécula suspendida en esta habitación escalofriante. Un cuarto que se esmera por aprisionarme y robarse todo mi oxígeno. Un aposento que pretende ser más grande teniendo las mismas medidas, donde el eco de toses, máquinas de monitoreos, respiradores artificiales, pasos de médicos y enfermeras rebotan entre cada esquina para inundar la pieza completa... Y no conforme con eso, vuelve a mi mente esa voz "... Eres peor que él".

Mis extremidades ya no me responden por la falta de oxígeno, mi sudor abunda y mis nervios están de punta... Me siento como una liebre ante una bandada de gallinazos, donde cada vez que intento levantarme recibo picotazos. Las agujas que me laceran la mano izquierda: picotazo. El pitido del oxímetro: picotazo. El ritmo cardiaco desbocado: picotazo... rematan en mi cabeza con la misma puta frase: "...Eres peor que él". Y es en ese momento cuando la estocada final me impide levantarme...

No sé qué hacer, mi ansiedad se confabula con mi miedo e incrementa al ver la mascarilla de oxígeno que debo usar para regular mi respiración. Me quedo sin fuerzas; no distingo las formas de lo que hay alrededor. ¿Eso es una cortina? ¿Ese otro será un enfermero? Mis brazos se durmieron, mis piernas hormiguean, mi vista se hace borrosa y mi cuerpo pierde la batalla por ganarle a la consciencia y finalmente me duermo...

Me viene a la mente el recuerdo de cuando estaba trabajando y no enferma como ahora. Consolaba a quienes lloraban en la sala de espera, veía con ternura a los que tomaban café y a veces mediaba en las discusiones que había entre los guardas y los familiares de los pacientes.

Tenía momentos duros, pero también felices, como la vez que salí a darle la noticia a un hombre inquieto, diciéndole que el nombre de su preocupación sería María y no Carlos.

Heme aquí, aterrorizada por lo que me está afectando. El suero cumple su función de mantenerme con los nutrientes que no puedo ingerir. En mí hay una dicotomía. Mientras mi mente está rebosante de pensamientos fatalistas por lo que puede pasar después, por la falta de compañía, mi cuerpo reposa estático en una camilla.

Creo que llevo tres días aquí encerrada, cada día me siento peor y, aunque tengo sedación, siento mi desmejoramiento diario. Soy consciente que aún no ha llegado lo peor y es triste saber que puedo estar muriendo y ella no está a mi lado cuidándome como hizo en otros momentos; no hay nadie discutiendo con el guardia que custodia la puerta para que lo dejen entrar, no hay nadie que se esté acabando los cafés de la señora de la cafetería en mi nombre... ¿y si me muero? ¿Quién me llorará? ¿Me desconectarán sin un consentimiento previo debido a que no hay nadie quien lo dé? Yo creo que no, mi madre aún no se ha enterado de mi estado y no tengo más familia... No me tomé el tiempo para construir mi propio hogar.

Creo retener los pensamientos sobre la felicidad a lo largo de mi vida... ¿Qué hice bien? ¿En qué me equivoqué? Si salgo de esta, ¿cambiaré? Me siento en un laberinto de preguntas del cual no sé cómo hallar salida. La confusión que se crea en mi cabeza por tantos cuestionamientos hace que piense en buscar culpables, pero solo me veo a mí misma. La única culpable de haber hecho una vida construida sobre las sentencias de los demás. Oía a muchas mujeres hablar sobre sus relaciones fallidas,

Elipsis 2021

77

entre ellas a mi madre, que solía decirme: "los hombres son cortados por la misma tijera", y estas palabras influyeron tanto que cambiaron mi forma de ver la vida. Oía a muchas mujeres hablar sobre sus relaciones fallidas; por ejemplo, me cambió a mí cuando mi madre solía decirme: "Los hombres son cortados por la misma tijera". Y es aquí donde mis pensamientos se ven influenciados.

La muerte es como una desilusión amorosa, te tropiezas y caes; pero vuelves a levantarte, te quedan aprendizajes y, simplemente, superas momentos. Algunos aprendizajes son asombrosos, todos experimentan diversas emociones: rechazo, miedo, ira, remordimiento y aceptación final. ¡Ahora lo puedo comprender! Mientras mis mejillas se humedecen y mis ojos luchan por entrever las uniones en el techo, vuelvo a sentirme sola... y esa soledad borra mis ganas de seguir adelante y destruye toda esperanza, aumenta ese deseo de volverla a ver y volverla a abrazar, corta las alas de un "juntas por siempre".

Estoy sola, ¿puede haber una peor muerte? dicen que es terrible morir ahogado o incluso quemado, dicen que el vértigo antes de morir mientras cae un avión es indescriptible. ¿Acaso se han puesto a pensar lo que se siente cuando estamos muriendo lentamente y solos? He escuchado que mis compañeras de cuarto tienen a sus esposos fuera de urgencias y a sus hijos en casa elevando oraciones para encomendarse a un ser omnipotente; y yo, ¿a quién tengo? Cuento solo con la voz de mi madre pronunciando una única frase que retumba en mi cabeza: "Eres peor que él", tengo mis recuerdos y siento un frío... Un vacío acantilado en el pecho, como si estuviera a punto de caer de la punta del mismísimo Everest.



Entre el vaivén de palpitaciones fuertes, el sube y baja del termómetro entre 41 y 40 grados, el cantar de la máquina de monitoreo y los lamentos de los otros pacientes de otros cuartos; puedo entrever una silueta negra que se acerca me agarra los pies, sube por mis piernas.

No veo su rostro. ¡Grito! ¡Pido ayuda! Tengo cuatro años y mi madre no me cree, o bueno... no me creía. Es, nuevamente, ese monstruo que toma la oscuridad de abajo de mi cama como escondite para que su silueta pueda escabullirse y no ser detectado... Vuelvo a gritar...

### -¡Mami!

-¡¿Qué pasó?! -responde mi madre mientras se termina de poner la bata y abre la puerta de mi habitación a patadas.

-El monstruo volvió, el monstruo me estaba tocando la pierna. Mami, tengo miedo, ayúdame -le suplico, sollozando de temor.

-¡¿Otra vez con eso?! Ya sabes que los monstruos no existen –me responde, regañándome por haberla despertado con mis "idioteces".

Durante muchas noches le pedí ayuda por mis miedos, supliqué que me defendiera, pero nunca lo hizo. Siempre entraba a mi pieza y nunca miraba debajo de mi cama, donde le decía que se escondía, porque, supongo yo, estaba adormilada.

Después de la cena de navidad del 94, mis padres, con los ojos rojos y pequeñitos, oliendo extraño y luchando por mantener el equilibrio, me mandaron a dormir antes de medianoche. Ellos terminaron el festejo en la madrugada y se acostaron a dormir. Hasta que volví a gritar...

### -¡Mami!

Mi madre, entre su enojo y su borrachera, entró a la habitación regañándome por volverla a despertar; y mientras yo lloraba desesperadamente en mi cama, me tomó del brazo para mostrarme que no se escondía nada debajo. Quedó sin habla cuando levantó el edredón y vio a mi padre. Inmediatamente me cogió y corrimos donde una amiga de mi ella. Mi madre no paraba de llorar, me sentía culpable de haber causado que estuviese llorando...

### -Perdóname, hija.

Abro los ojos, miro a todos lados y sigo en la habitación blanca, con torrenciales gotas de sudor que se mezclan con mis lágrimas, mi corazón en la mano, el tubo en mi tráquea y los sueros y máquinas conectadas a mí.

Respiro profundo, dejo que la camilla sienta todo mi peso, mi fiebre cada vez está más alta y mi sudor es más abundante... Mi respiración se dificulta aún más y contraigo los músculos rompiendo con esa serenidad que venía... Escucho a mi madre llorar, estoy en su vientre, siento un mentolado que viene de la parte de atrás y me pone fría... ¿El que grita es mi padre? ¿Por qué está insultando a mi madre? ¿Todo está bien? ¡Aaaah! ¿Qué fue eso? ¿Por qué sentí que todo se movía? ¿Por qué mi madre me está abrazando por encima de su barriga y dice que pare ya? Parece que mi cerebro está perdiendo la lucha por mantenerse cuerdo... Pero vienen mis recuerdos y la misma puta frase "...eres peor que él".

Ahora me encuentro caminando por una alfombra roja con una toga que cubre mi hermoso vestido azul y mis zapatos plateados. Avanzo al compás de la voz del locutor anunciando mi entrada... Estoy concentrada en que mis tacones no tropiecen con la alfombra o se enreden con mi toga; estoy con el corazón en la mano, con una sonrisa gigante, con mis pasos flaqueando y mis glándulas sudoríparas expulsando pequeñas gotas saladas; también veo a mi madre llorar en primera fila, justo en la fila de atrás de los graduandos, mientras me entregaban el diploma que, con tanto esmero, gané para tener un trabajo y una mejor vida para las dos. Empiezo a hacer un juramento: Juro solemnemente ante *Dios y en presencia de esta asamblea ... Haré cuanto esté de mi parte por elevar el buen nombre de mi profesión... Con lealtad procuraré auxiliar al facultativo* 

...". Justo después, el director de programa me responde: "Si así lo hiciere que la sociedad se lo premie, y si no que se lo demande".

Fue uno de mis días más felices, por fin me gradué de enfermera con honores; por fin mi sueño de ser alguien profesional se había hecho realidad, por fin cumpliría mis metas y lograría darle lo mejor a mi mamá. Esta, con una gran sonrisa en su rostro, me abraza y me dice: "Me siento muy orgullosa de ti... Lástima que Eres peor que él". En efecto dominó, el auditorio comienza a decirme que soy peor que él, no pienso en nada más que correr, huir; pero esas voces me siguen. Me rodean y me dejan en posición fetal en medio de las gradas.

Abro mis ojos sobresaltada y siento que el sedante está empezando a perder la batalla contra mis extremidades. Tengo náuseas por primera vez desde que comenzó esto; aunque tengo esta mascarilla, me sigue siendo difícil respirar... Mi ritmo cardíaco volvió a elevarse, quiero gritar, quiero pedir ayuda; pero esta sonda me lastima... ¡Auxilioooo! ¡Alguien! Por favoooor... Volteénme a ver, ¿por qué no escuchan mi oxímetro elevarse? Necesito ayuda... Esta sonda me está raspando, la falta de respiración volvió, mis extremidades empiezan a despertar; el hormigueo es inevitable... ¡Me quiero morir! "... Eres peor que él".

Maldita sea, cállate... Ahora no puedo dejar mi desespero por seguir recordando esa parte inconclusa de la frase de mi madre; Jazmín, no olvides lo que aprendiste en tus estudios, debes calmarte... Me es imposible escuchar a mi conciencia, ahora entiendo el por qué, cuando le digo a mis pacientes que se calmen, les es tan difícil...

Ver entrar a Verónica me tranquiliza. Sé que ella sabe tanto como yo, que es una enfermera comprometida ... Por fin me ayudará con este sufrimiento, inyectando sedante.

Antes de llegar a mi camilla, otra compañera se le acerca y alcanzo a escuchar su conversación

-Marica, disculpáme... Ya sabes cómo se pone esto en urgencias y más con esta enfermedad y las personas descuidadas que no nos consideran. ¡Uish! Cómo me gustaría pegarles con silicona esos tapabocas...

83

Pobre Verónica, no me quiero acordar de lo complicado que es todo allá afuera... Siempre es difícil lidiar con los enfermos accidentados y familiares de embarazadas a punto de dar a luz, ahora con estos pacientes quejándose todo el día, es aún peor.

Mi preocupación incrementó, estaba viendo salir camillas con sábanas blancas que cubrían un bulto y, tras de eso, oír esta conversación me asustó muchísimo más.

Gracias al cielo Verónica terminó su charla con la otra enfermera y me puso el sedante, mi cuerpo no aguantaba más. Esto de no poder hablar, de no poder moverme mucho para no fatigarme, de estar postrada en una camilla, me está matando y me está haciendo un daño peor. Sólo pido que pase todo rápido, si he de morir, que sea ya y si no, que se acabe esta tortura. Muchos soñamos con una muerte fugaz y poco dolorosa, pero es totalmente diferente. Tal vez el resignarme sea una gran opción, estoy cansada de luchar en contra del COVID, ya no quiero seguir postrada en una camilla dependiendo de un anestésico que se aplica en el suero...

Mis ojos se encuentran pesados, pero no puedo conciliar el sueño por mis pensamientos y este maldito bicho dentro de mí... Al pasar el tiempo, veo cómo las luces de la habitación se atenúan y Verónica me pide que descanse junto a un alentador deseo de buenas noches... Mis ganas de bostezar son gigantescas; pero no puedo, esta sonda me lo impide. No he dormido muy bien estos días, voy a contar ovejas para ver si eso me ayuda un poco. 1 oveja... 2 ovejas... 3 ovejas... 4 ovejas... 5 ovejas... 6 ovejas... 7... "... Eres peor que él".

Recuerdo mis quince años, quería una fiesta con temática de mi saga favorita, Harry Potter, pero mi madre me dijo que no porque no encontraba adornos. En fin, ella se encargó de arreglarme una fiesta hermosa; un gran salón con cielo estrellado, el trono donde se reflejaban las luces del salón y una almohada al lado donde reposaban mis tacones plateados. Recuerdo que todo era de color rosa, mi color favorito... Tenía, tras la mesa de la comida, una guirnalda de globos. Y ni hablar de mi vestido pomposo de princesa,

el corset me ahogaba un poco, pero me sentía hermosa. Debo aceptar que, al principio, no estaba muy convencida con la decisión de mi madre por una fiesta así; pero su ilusión era verme vestida de princesa y quería complacerla.

Eres peor que él

Como era de costumbre en este tipo de fiestas, estaba encerrada en una habitación en el fondo para salir justo a las 12. Empecé a desesperarme por el calor, no quería que mi maquillaje se corriera por las gotas de sudor. Miraba por una rendija de la puerta a los invitados, había personas conocidas y personas que nunca había visto, personas invitadas y personas que no lo estaban; el querer estar perfecta, que no se me corriera el maquillaje con el sudor, que no se me desbarataran los crespos y no se me fuera a caer la corona; despertó mi ansiedad.

En lo personal, no me importaban tanto las personas que habían llegado, pues mis ojos buscaban a alguien más, buscaban a mi "amor de infancia", buscaban un cabello crespo y mono, buscaban a alguien que se me hiciera familiar.

Por fin las doce habían llegado y pude salir a recibir los aplausos de todos, ir directamente a sentarme al trono para que mi mejor amigo me pusiera las supuestas zapatillas de cristal.

Luego, recuerdo que el DJ no encontraba la canción para el vals; ya todos estábamos preparados para "azotar baldosa". Mi mayor preocupación no era recordar los pasos, que los había aprendido bien, sino evitar que el tacón de las zapatillas no se doblara y me hiciera perder el equilibrio. Y antes que el DJ pusiera la canción, lo vi... Vi sus rizos, su sonrisa y sus ojos coquetos mirándome. Por fin sonó la canción de las quince primaveras y los hombres con las quince rosas empezaron, uno por uno, a bailar una parte de la canción conmigo.

Recuerdo muy bien el conteo que llevaba en mi cabeza de un, dos, tres... un, dos, tres... Hasta que esa concentración desapareció cuando vi quién era el chico número quince, por un instante olvidé cómo bailar vals, ¿cómo era eso posible?

También recuerdo muy bien que, cuando terminó la canción y él me dio la última vuelta, miré a mi madre y recordé nuestro, en ese entonces, pasado. En un milisegundo, pasaron por mi cabeza muchas cosas. Me sentía triste, con ganas de llorar, porque no tenía un papá, como todas mis amigas, que me pusiera las zapatillas o que abriera la pista de baile conmigo o me llevara agarrada del brazo a mostrarme ante todos los invitados. Tuvo que ser mi mejor amigo, mi cómplice, el único que sabía sobre mi traga maluca... y sí, lo quería mucho, pero el sueño de toda niña es que, en los quince, estuviese un padre que la cuide, que la proteja y no un monstruo que la violente.

La fiesta continuó; la comida estaba deliciosa, aunque no recuerdo muy bien lo que comimos; la torta estaba igual de rica y el licor empezó a llegar. Mis amigos, como todos los adolescentes, empezaron a beber descontroladamente junto a mi traga, Erick...

Erick se acercó a mí. Apestaba a alcohol, sus manos ya no obedecían a su cerebro y todo empeoró. Dejaba que lentamente su mano cayera a mi nalga, intentaba robarme besos, me decía lo mucho que le gustaba y cuánto quería un beso mío. La incomodidad no tardó porque, aunque fuera mi amor platónico, no le había dado el derecho de tocarme...

Esto empeoró mi fiesta de quince porque mi mejor amigo, Andrés, ya se había dado cuenta de todo lo que estaba pasando y me protegía como si fuera mi hermano mayor. Mis sospechas no tardaron en hacerse realidad, el borracho me besó, aunque Andrés tenía su mirada asesina sobre él; quitó la barrera que yo había puesto y me besó. Para no armar más alboroto, los amigos de Erick decidieron llevárselo... Y fue aquí donde la promesa, que me hice cuando mi madre me contó sobre los golpes y las humillaciones de mi padre hacia ella, cogió más fuerza y evocó la promesa de juntas por siempre, sin hombres.



También recuerdo hace un año, cuando entré por el umbral de esta clínica por primera vez y, por el ajetreo, me recibió mi jefe y me dio un recorrido rápido por la clínica mientras me decía lo que debía de hacer y lo que no podía hacer; me explicaba las reglas, los horarios, los pacientes que había en cada piso... Tenía demasiada información, aunque no lograba retener nada de lo que me decía. Sólo veía a todos hacer su trabajo, entre correr para salvar vidas, intentar calmar a los familiares de los pacientes y a los mismos internos del hospital; se tornaba en una completa odisea.

Al finalizar mi ronda, me tocó atender a mi primer paciente con erosiones gástricas, quien me manchó de vómito y sangre partes del uniforme. Ese día, cuando volví a casa, mi mamá, preocupada por las manchas de sangre en mi uniforme, me empezó a disparar con sus preguntas: "¿Disecaste a algún viejo verde? ¿Esa sangre es de algún mocoso inquieto? ¡¿Amputaste un brazo!? ¿Conociste a un chico interesante?". Eran pensamientos un poco macabros. Le conté lo sucedido y se rio, en venganza la empecé a corretear por toda la casa para tirarle mi uniforme encima. Tiempos aquellos.

Pero heme aquí, sola, sin alegría, muriendo lentamente por un virus que agarró al mundo con los pantalones abajo; Heme aquí, separada de mi madre, sin poder ejercer mi profesión, sin un esposo, sin hijos... ¿y todo para qué? Parece increíble, pero ni yo tengo la respuesta. "...Eres peor que él".

Otro día con este bicho dentro de mí, cada vez empeora más, cada lapso despierta en mí un síntoma diferente. Ya no sólo se me dificulta respirar, sino también descubrir el sabor de mi saliva y los olores que se pueden captar en una sala de urgencias. Un día más sola, sin nadie que pregunte por mí, sin nadie que este preocupado por mí. Una vez más donde mi mente se inunda de preguntas, ¿por qué no acepté a mis pretendientes del colegio? ¿Por qué no acepté a mis pretendientes de la universidad? Un día más para reflexionar sobre mi vida. Es decir, sí, tengo a mi madre, pero... no he sabido lo que se siente tener ese título, no he sabido qué se siente sentarme tarde de la noche a hacer una maqueta porque a mi "hijo o hija" se le olvidó avisarme con tiempo.

-Hola, Jaz. Soy Milena. Te voy a chequear... Todos te extrañan allá afuera, todos están preocupados por tu lento mejoramiento; pero todos sabemos que eres una mujer fuerte y podrás con esto y hasta más...

Escucho a mis colegas cada vez que entran a la habitación, las siento, las veo y eso me hace estar tranquila porque sé que ellas están pendientes de nosotras. Escucho el informe oral que le dio Milena al doctor González, que es quien lleva mi caso, y no es muy alentador que digamos:

-Hola, doctor, realmente no le veo mejoría a Jazmín. Su ritmo cardiaco sigue acelerado, ha empezado a subir-le la fiebre y la respiración no muestra ningún avance.

-Qué vaina, sique invectando el sedante cada dos horas.

Sé que es muy probable que muera, que cierre mis ojos y no los vuelva a abrir jamás, pero... ¿Quién en la vida quiere eso? sé que algunas personas contemplan la muerte como ruta de escape, pero yo no... Mi miedo está en una batalla constante con mi resignación. "Hubiese preferido jamás haberte traído conmigo...Eres peor que él".

Creo que se me está subiendo el muerto, la presión en mi pecho se comienza a sentir como si me estuvieran aplastando, como si me quisieran agarrar los pulmones desde afuera. ¡Ay no! Un síntoma más de este bicho, nunca pensé que atacara tan feo... Mi oxímetro vuelve a elevarse y mi hiperventilación vuelve, ¿Por qué esta mascarilla no regula mi respiración? El peso en mi pecho no ayuda mucho a que mis pulmones succionen aire... si solo alcanzara el botón azul para llamar a las enfermeras... ¡Aaaaaah! no sé qué hacer, auxilioooooo, por favoooor. Ya no puedo respirar más, estoy perdiendo la batalla, ¿por qué mis ojos se están cerrando? ¿por qué mis dedos se están torciendo? A... a... auxilio...

-¡Código azul en la camilla 33! ¡Código azul en la camilla 33!

¿Qué son esas voces? los escucho, pero no los puedo ver, ¿Dónde están? ¡Auxilioooo! Ay no, ahora no estoy para retorcijones en el estómago; necesito un respirador... no puedo respirar... me siento mareada... Por favor, que alguien me ayude...

88

-Traigan el equipo de reanimación, cárguenlo a 30. 3, 2, 1 despejen...

Por favor ayúdenme... Las corrientes del desfibrilador son muy fuertes, pero aún no puedo ver nada...

Mi vida está en sus manos, me siento impotente por no poder hacer nada y cargarles la responsabilidad a ustedes. Mis miedos cobran vida, pasan por mi mente las arañas, las alturas, la soledad y la frase de mi madre.

"Hubiese preferido jamás haberte traído conmigo...Eres peor que él".

- -Cárguenlo a 40. 3, 2, 1 despejen
- Doctor, su ritmo cardiaco está disminuyendo, la perdemos.

Estoy muriendo y mi madre no sabe nada de lo que me está pasando. El miedo a morir sola se está haciendo realidad. Desearía que mi madre estuviera conmigo, quisiera despedirme de ella... No quiero irme sin antes decir adiós.

- -Súbanlo a 60.3, 2, 1 ¡despejeeeeeeen!...
- –Doctor, signos vitales de 80 sobre 60, ritmo cardíaco de 110... se estabilizó.
- Déjenla descansar, inyecten sulfato de morfina y hagan percusión torácica para descartar todo tipo de mucosidad en los pulmones.

Estuve a punto de morir y no puedo dejar de escuchar a mi madre decirme que soy peor que mi padre. Tal vez esté anestesiada, pero puedo sentir cómo las manos encocadas de las enfermeras golpean mi lóbulo izquierdo en un intento por drenar la mucosidad de mis pulmones.

Abro los ojos y empieza a enfocarse mi visión, no sé cuánto tiempo ha pasado, cuánto tiempo estuve inconsciente... Después de todo el procedimiento médico que me hicieron para reanimarme y no dejarme morir, no veo a Verónica.... Supongo que está descansando, me acostumbré a que pasara cada media hora por mi habitación a darme ánimos... Este sentimiento de soledad se multiplica al mil estando así de sensible.

Al sonar un relámpago, mis recuerdos despiertan y me llevan a viajar y escapar de mi realidad, ignorar este bicho y poder olvidarme un poco de mis dolencias.

Despierto en el instituto justo en el momento donde conozco a un chico lindo, inteligente y a quien le atraía mucho la carrera de enfermería. Todo era color de rosa, creo que es al único que dejé acercarse a mí. Le aceptaba las flores, los chocolates, los chontaduros con miel y Coca-Cola, le aceptaba las idas al kilómetro 18 a tomar aguapanela con queso y contemplar la ciudad desde un punto alto y frío. Cuando estaba con él, me preguntaba en dónde estaba ese prototipo de hombre que me había construido toda mi vida. Lo recordé cuando encontré a ese chico ideal teniendo sexo con mi mejor amiga en los baños del instituto... Dejé entrar a alguien y lo único que hizo fue recordar la repugnancia que les tenía a los hombres. "Hubiese preferido jamás haberte traído conmigo... Eres peor que él".

Siempre que dejo de recordar me doy cuenta de que todos mis problemas existenciales están a flor de piel por el choque de emociones, por el sedante y la enfermedad, pero sigo teniendo en mi cabeza la frase que me dijo mi madre y es como una canción que se pega a tu mente y no te deja.

Una discusión fuerte con ella fue la precursora de esta frase que no me ha dejado tranquila. He tratado de escabullirme entre todos mis recuerdos para evitar este en específico, pero es inevitable no pensar en él y en todo el dolor que me trae. Sé, como enfermera, que este momento histórico nos ha cambiado, ha revelado el peor lado de nosotros y no sé si eso fue lo que pasó conmigo.

Siempre hice lo posible para que mi madre no tuviera novio, al igual que yo. Siempre que me enteraba que ella tenía una cita, fingía estar enferma, la chantajeaba con que no me veria en la casa si ella aceptaba esa cita, incluso me portaba grosera con todo hombre que me presentaba.

En la adolescencia le espanté un pretendiente y tuvimos nuestra primera pelea por ese tema, ella no quería dejarlo y yo no quería que lo tuviese. El punto es que jamás le permití, ni me permití, la presencia de un hombre entre nosotras, en mis mejores y más bonitos recuerdos siempre está ella. Pero hace tres meses las cosas cambiaron.

Cuando comenzaron las cuarentenas tenía todo comprado, prohibí las salidas, estuve más encima de ella y me volví posesiva. Mi excusa perfecta fue que mi madre era una mujer de la tercera edad y era propensa a contagiarse.

Ella al principio aceptaba y no me ponía problema alguno, pero después de varios días me empezó a reprochar y las discusiones se volvieron más constantes. No fue hasta que, al pasar un mes, mi madre ya no me peleaba por el hecho de no dejarla salir ni a la tienda.

Un día salí al trabajo, tenía turno en la tarde. Antes de agarrar el MIO, me di cuenta de que había olvidado mi carnet de enfermera y sin eso no me dejarían entrar a la clínica, así que me devolví. Vaya sorpresa que me metí al enterarme que no había nadie en la casa, mi madre ya no estaba y no sabía por qué había salido. Me quedé a esperarla y llamé a mi jefa para decirle que no podría ir porque me había ocurrido una emergencia familiar que debía atender inmediatamente. En ese momento no me importó quedarme sin trabajo, no me importó el regaño de mi jefa ni el posible despido por una falta sin justificación, porque realmente no tenía ninguna.

El pasar del tiempo, me agobiaba porque no llegaba mi madre. Llamé a sus amigas para preguntar por ella, pero la respuesta era siempre igual: "No la hemos visto". Obviamente mi preocupación se incrementó, ¿Dónde está? ¿Por qué no me contesta el celular? ¿Estará bien? ¿Estará con sus amigas?

Para distraerme mientras pasaba el tiempo, intenté hornear un pastel de chocolate, pero se me quemó... Intenté dormir, pero fue imposible... Intenté leer al chico de las estrellas de Chris Pueyo, pero no pude pasar de un párrafo a otro... Intenté distraerme viendo Master Chef por Youtube,

pero sentí impotencia y no lograba concentrarme en el programa. Mi estrés era indescriptible. La impaciencia se contraponía con mi sosiego habitual y me hacía perder el control. ¿Por qué salió? ¿Acaso no tiene todo lo que necesita aquí adentro? ¿Estará con amigas? ¡¿Dónde está?!

La tarde se me hizo eterna, cada segundo parecía hora. Cada hora parecían días. Trapeé cuatro veces la casa, pasé por todos los canales de la televisión unas cinco veces para ver qué encontraba que me llamara la atención, revisé mi celular como unas cinco veces por cada diez minutos, peiné varias veces a mi gata, la pobre casi queda sin pelos... y todo esto para tranquilizarme y no pensar en lo peor.

Eran las cinco de la tarde y no sabía absolutamente nada de mi madre, ya habían pasado seis horas desde que me devolví de la parada del MIO. El reloj avanzaba, pero yo sentía que mi vida se había estancado en una sola tarde y mi mente sólo pensaba la misma incógnita de mierda: "¿Dónde está mi mamá?". Ir a la policía sería gastar pasajes pues no harían nada si no han pasado 72 horas, y temía preguntar en morgues y me dieran una respuesta afirmativa.

Cuatro horas más tarde, justo cinco minutos antes que yo, por lo general, llegaba a casa, escuché que abrieron la puerta del jardín. Realmente debo admitir que fue una forma ingeniosa de escaparse de casa, la puerta principal se mantenía con llave y yo tenía las únicas llaves que la pudiesen abrir, así que era imposible salir por allí.

La sorpresa en el rostro de mi madre al verme dentro de la casa me hizo pensar en que no había hecho nada bueno... Ella me saludó y ni me inmuté, me intentó abrazar, pero fue cruelmente rechazada con una pregunta.

–¿De dónde viene?

–E... E... Estaba donde Amparo –me respondió sin poder sostener la mirada.

–¿Segura? porque estuve hablando con ella y en ningún momento la mencionó a usted –Le dije, alzando una ceja para demostrarme imponente y furiosa–. Vuelvo y le pregunto, ¿dónde estaba? Sabe que todo lo que necesita me lo puede pedir y se lo traigo.

-¿Por qué llamaste a Amparo? ¿Hasta dónde vas a llegar con esto?

-Hasta donde deba llegar.

–Me estoy cansando de esto, Jazmín. ¿Quieres saber dónde estaba? Bueno, estaba con un hombre... Por muchos años me he cohibido de tener a alguien a mi lado por estar contigo, por aquantarme tus berrinches.

 Pero sabes lo que pensamos y lo que acordamos respecto a los hombres.

-Eras una niña y apenas te estabas dando cuenta de tu padre, sólo quise apoyarte. Sé que no fue fácil lo que vivimos con tu padre, pero me he dado cuenta de que no todos son iguales...

-Pero dejé a un lado a los hombres por ti...

-No, Jazmín, tú sola los alejaste por protegerte tú misma de lo que te hizo tu padre... Nunca pedí que hicieras esto por mí...

Cuando mi madre me dijo eso, fue como si me hubiesen echado un baldado de agua fría encima. Pero en ningún momento demostré debilidad y seguí firme con mis convicciones. Estaba decidida a seguir adelante con el interrogatorio y tratar de hacer entrar en razón a mi madre, pero fue más complicado de lo que pensé y aún más con lo que me dijo después.

**British Council** 

Elipsis 2021

–Salgo con un señor y estoy enamorada. Me trata bien, me escucha, soy tomada en cuenta y no me trata como una adolescente cautiva. No me alejaré de él, te he complacido con todo desde que eras una niña; creo que es momento de pensar en mí. Quiero darme la oportunidad con Marcos, aunque no me quieras apoyar.

-Pero renuncié a todo por ti, ¿por qué no lo puedes hacer por mí?

El recordar exactamente mientras estoy en esta sala de urgencias, es difícil y puede que los recuerdos no sean tal cual hayan pasado pero la idea es la misma. He oído a las psicólogas decir que recordar ayuda a reflexionar para superar.

Antes de que mi madre se fuera con Marcos, me dijo que Marcos la hacía feliz y que me estaba tornando sobreprotectora y, sin querer, me estaba convirtiendo en mi padre...

-Eres peor que él.

Es inevitable no soltar una lágrima al haber pensado en todo esto y saber que podría olvidar a mi madre y nunca reconciliarnos, podría quedar con esa duda si realmente soy peor que mi padre y podría morir sola. Mis ánimos decayeron y mis ganas de vivir se pierden en el sinsabor de mis pensamientos y las secuelas que este maldito bicho podría dejar dentro de mí. Justo entra Verónica, con lágrimas en los ojos.

-Jaz, sigues empeorando. Ya nos dieron la orden de intubarte y pasarte a una UCI. Vas a estar inconsciente. Sabes que es riesgoso. ¿Tienes a alguien a quien podamos llamar? ¿A tu mamá?

Me quedé mirando a la puerta, por si acaso la veía entrar. Luego vi las lágrimas de Verónica. No sé, en verdad no sé...



## Fantasma Gabriel Gamba Amaya Editor Angie Lijhem Dimas De La Cruz Autor Hallazgo



**Gabriel Gamba Amaya** Editor

reo que la labor del editor expresa la idea de "por amor al arte" desde una dimensión humana, hasta diría altruista, mientras que la escritura lo hace desde la dimensión individual, egoísta en la medida en que lo exige toda expresión y ejercicio poético -aunque en el arte, desde cualquiera de sus orillas (creadores, editores o espectadores/lectores) siempre hay amor, pasión o deseos de por medio-. Con esto me refiero a que editar es el vprimer paso en la recepción y experiencia de un texto literario, es la puerta de entrada a la biblioteca de Babel de la humanidad; y, escribir literatura, consiste en la traducción de las emociones en palabra.

Mi experiencia como editor de Elipsis 2021, acompañando el trabajo creativo de Angie y en medio de una virtualidad que ha resaltado de manera particular la natural invisibilidad del ejercicio de edición, ha sido una en la que me he convencido de que no hay arte sin artesanía, y que tanto escritores como editores participan en diferente medida de ambos universos: los primeros van de la artesanía de su lenguaje al arte de sus obras, y los segundos van de las obras de aquellos a la artesanía de donde provienen, para pulir las aristas a la esfera de esa creación estética.

El cuento de Angie, desde sus primeros borradores, desbordaba una intensa pasión, una implicación emocional, o una empatía que con su magnifico trabajo de corrección fue mudando del mero reclamo, local, a una elaborada ironía trágica, universal. Sin temor a manipular su cuento como si se trata de un trabajo escultural, por medio de cuestionamientos o sugerencias que como editor le fui haciendo, Angie asentó la emoción y la dirección que quería para su cuento desde un principio, y así llegamos al resultado de una historia redonda, bien escrita y, sobre todo, atrapante, de esas que reclaman del lector una implicación emocional.

El escenario Elipsis ha sido verdaderamente valioso para mí, con seguridad para todos los que han pasado por él y para aquellos, enamorados del trabajo con las palabras, que vendrán.



**Angie Lijhem Dimas De La Cruz** Autor

a no sentía nada, el peso de su cuerpo era un recuerdo; como si durante un sueño profundo e indoloro le hubieran extraído parte por parte cada músculo, ligamento y hueso; como si su sangre hubiese sido drenada hasta la última gota y cada órgano removido. Y al despertar fue como si todo, con su piel, se hubiese desvanecido; como si cada partícula de su cuerpo nunca hubiese sido parte de ella. Todo era, entonces, un cúmulo de nada suspendido. No sabía si estaba ligera o simplemente vacía, si estaba sorda o si por fin intimaba con el secreto detrás del silencio. Un tétrico tono índigo embargaba la habitación. Nena Florentina, o lo que quedaba de ella, con la cordura fugitiva, vio su fantasmagórico reflejo en el espejo; en ese momento lo entendió todo, estaba muerta, liberada.

Todos los recuerdos de su vida palidecieron. Había seducido a la muerte y pronto le haría el amor al diablo. Al desviar la mirada en el espejo, vio su cuerpo desnudo y tumbado sobre la cama salpicado por los restos de su violenta muerte; las sábanas estaban teñidas de rojo y el cuadro de San Miguel, ubicado en la cabecera de la cama, estaba bañado con su sangre, cual intencionada pintura, confundiendo las gotas frescas en la espada del arcángel con las del mismísimo Lucifer derrotado.

Al verse ahí, tendida y desfigurada, le fue inevitable no pensar en los eternos segundos que pasaron antes de morir, cuando no sabía si tendría la valentía para apretar el gatillo contra su sien. Sintió cómo la muerte le coqueteaba, la incitaba, la llamaba, insinuándose en cada recuerdo, proponiéndole compañía. Tomó el arma con sus manos temblorosas y la fijó a su cráneo para no fallar, disparó y hubo silencio, ni siquiera escuchó el estruendo.

Cada elemento en esa habitación narraba una perfecta escena del crimen capaz de arruinar la vida de cualquiera. Su último aliento la despidió victoriosa del mundo terrenal, excitada y lista para desatar un final épico que liberaría a una mujer y condenaría a un hombre.

Las voces en el fondo ya se oían cercanas y claras, como cuando se atraviesa la barrera del sonido al salir de la profundidad del agua. En el pasillo que daba a la habitación resonaba la afligida voz de una mujer. Al asomarse, pudo reconocer que la voz le pertenecía a la mujer del cuadro de la sala que, tirada en el suelo y llorando, se esforzaba por retener las arcadas. Detrás de ella, sosteniéndola con un abrazo, estaba William.

—Todo va a estar bien, mi amor —repetía él con convicción y tranquilidad, mientras la abrazaba cada vez más fuerte.

-iNo! todo te va a salir mal, malparido -ile gritó Nena al oído.

Nena gritaba y maldecía eufórica por sentenciar una condena, convencida de que en ese preciso momento se gestaba su venganza. Ninguno la escuchó, la escena permaneció intacta, pero eso no impidió que ella lo insultara de todas las formas posibles que imaginó cuando aún vivía. Pasar desapercibida, disfrutando del poder de la omnipresencia, le permitía gozar del teatro. Reía al ver a la esposa de William ser la primera en Ilorar su muerte, casi ahogándose con su propio vómito, pero gozaba aún más al verlo a él haciendo el hipócrita papel de esposo ideal, arrodillado ante

una mujer atormentada, casi que implorando su perdón. De repente, el timbre sonó y él soltó su abrazo con delicadeza, mientras ella intentaba recobrar la compostura. William bajó al primer piso a atender la puerta.

—Ten piedad de mí, oh, Dios, conforme a tu misericordia; conforme a lo inmenso de tu compasión, según la grandeza de tu misericordia y según la muchedumbre de tus piedades, borra mi inequidad.

—Eso, ¡rece! Que debe ser la policía la que está timbrando, o los que vienen a buscarme. A su marido esto no se lo perdona ni Dios, ni nadie —decía Nena, jocosa, mientras pretendía interrumpirla.

—Lávame todavía más de mi iniquidad y límpiame de mi pecado; porque yo reconozco mi maldad, y delante de mí tengo siempre mi pecado, contra ti solo he pecado; y he cometido la maldad delante de tus ojos, a fin de que, perdonándome, aparezcas justo en cuanto hables y quedes victorioso en los juicios que de ti se formen.

—¿Maldad? Maldad la del malparido de su esposo, ¡que venga y rece él!

—Mira que fui concebida en iniquidad, y que mi madre me concibió en pecado —predicaba el Salmo mientras las lágrimas se deslizaban por su rostro.

Nena se dirigió a la puerta, expectante y preparada para que comenzara el espectáculo. ¡Que se abra el telón! En efecto, eran dos de sus cuidadores, venían a buscarla. Lo primero que le preguntaron a William fue "¿en dónde está?", palabras que en su cabeza cantaron el himno de la victoria. La forma de proceder de ellos era todo menos delicada, sabía que primero le quitarían altas sumas de dinero y luego lo matarían, y tal vez a su esposa también.

Lo paradójico sería que los mataran a ambos en esa misma casa, ese mismo día. Quizá, ya muertos, podrían verla y escucharla, para ella por fin, sin represalia alguna, tener una oportunidad de enfrentarlos.

—En el segundo piso al fondo. Hagan lo que tengan que hacer, pero muévanlo —dijo William.

—Si, patrón. No se preocupe —respondió uno de ellos.

¿Patrón? Ellos no eran de los que le decían así a cualquiera. Nena estaba perpleja, preguntándose por qué actuaban de manera tan civilizada. Pensó que tal vez él ya les había pagado una gran suma y ellos le perdonarían la vida. En las escaleras se toparon los dos con la mujer, ya calmada.

—Buenas, Doña Marcela —dijo uno de ellos.

—No me hablen, en una hora necesito esta casa impecable —respondió.

-¿Doña Marcela? - preguntó confundida.

Nada de lo que estaba pasando tenía sentido. Ella, sin poder intervenir, presenció cómo su plan de arruinarle la vida a William parecía desvanecerse; las opciones se reducían cada vez más, él debía ser entonces alguien importante, con contactos, uno de los intocables. Ellos jamás le demostrarían respeto ni actuarían como mojigatos ante alguien que no estuviera en la parte alta de la jerarquía.

A pesar de no contar con certezas, Nena ya sabía que ellos no le harían daño ni a él ni a su esposa, y aceptó decepcionada la idea de que no los vería sufrir. Tal vez sí había pagado algo, pero perder dinero no se comparaba con la ilusión de verlo morir ese mismo día, no sin antes escuchar su llanto, sus súplicas por piedad.

## Ella quería verlo tomar su último aliento en el mismo lugar que ella había muerto y, aún más, ella quería que él supiera que moriría por su culpa.

Las esperanzas se le escurrían de las manos. Para ella, pensar en la posibilidad de que apareciera la policía e hiciera justicia era igual que esperar a que el mismo Dios bajara y se llevara de la mano a William a los círculos del infierno. Solo pensaba que tal vez alguien, sus amigas o su familia, en algún momento notarían su ausencia, se darían cuenta de que estaba desaparecida y rastrearían la última vez que la vieron con vida hasta William, quien pagaría por su muerte.

Fantasma en el Hallazgo

En su perfecta escena del crimen había ahora dos bandidos envolviendo su cuerpo entre las sábanas, con la maestría y rapidez de los expertos, zarandeándola con displicencia, como a cualquier objeto desechable. Su cuerpo lo doblaron entre sábanas, atándolo bien con cabuya y lo tiraron al piso. Usaron un pañuelo para remover con delicadeza los restos de Nena que habían salpicado el cuadro, tomándose un tiempo largo para no arruinar el óleo. Ella, única testigo de lo que estaba sucediendo, guería atravesar el lienzo de un golpe, acabar con todo a su paso, tomar la pistola y dispararles a los dos para luego rematar apretando el gatillo contra la cabeza del criminal librado, incendiar la casa, hacer algo más que quedarse inmóvil observando cómo se deshacían de ella con facilidad. En un intento desesperado, procuró desamarrar las sogas que ceñían las sábanas, pero solo logró atravesarlas, como si no hubiese nada. Gritaba, maldecía, recorría el lugar de un lado al otro buscando cualquier cosa tangible que pudiera enviar el mensaje de su presencia fantasmal. Al cabo de unos minutos se rindió y recordó el día en que todo había comenzado, como si repasar los eventos pudiese prevenir el destino de su muerte.

Era un caluroso viernes de abril en Medellín. El inicio de fin de semana que antes solía pronosticar rumba, y ya solo predecía un toque de queda estricto. Un virus había obligado al mundo a detenerse y la tasa de muertos escalaba día a día, pero a ella no le importaba, estaba sentada en el balcón del segundo piso de una casa más del bulevar de La 70, fumándose el último *Green* de la media de cigarrillos que había comprado esa mañana. El humo mentolado que refrescaba su garganta le hacía olvidarse del calor, a pesar de que sus glúteos sudados se adherían como

pegamento a la silla Rimax debido a que la falda era tan corta que no alcanzaba a cubrirlos. Odiaba esa sensación pegajosa, pero sabía que no podía ocultar sus piernas que, diariamente, humectaba con autobronceador; ese era su mayor atractivo, una forma de volver loco a cualquier hombre en búsqueda de una prostituta bendecida por la belleza.

El cigarrillo estaba a medio empezar. Y Nena pensó que gracias a esa pandemia que la estaba dejando sin trabajo, por primera vez pudo desacelerar el ritmo, tanto el de su oficio torrentoso como el cardiaco; ella había leído que la frecuencia por minuto en el estado de agitación que demanda el sexo equivale a 100 pulsaciones, y cien o más era el número de clientes con los que Nena se acostaba en un mes. Pero ahí estaba, con tiempo para fumarse el cigarrillo en ese balcón y observar la calle. Todo era diferente; la soledad y el silencio se tomaban las calles de Medellín por la llegada de ese virus, que a ella la tenía sin cuidado. Le importaba más la escasez del dinero que dejó el encierro que la propia enfermedad o, incluso, la muerte; cómo temerles, si esos eran los gajes de su oficio.

La palabra "Covid" resonó en su cabeza.

—Todo ese drama por una malparida gripa. Lo que son es una manada de mimados que como no aguantan hambre les importa un culo que la gente se quede sin trabajo—dijo, susurrando, antes de llevarse el cigarro a la boca.

Nena sabía que en cualquier momento podría sufrir una enfermedad; de hecho, ya conocía el dolor del sexo. Numerosas veces, debido a las infecciones vaginales, había padecido un ardor demoníaco cuando intentaba orinar, además de una picazón incesante, pero, aun así, debía seguir trabajando. Una vez tuvo que atender a un cliente cuando su uretra no daba más por la cistitis; manchó el condón de sangre y fluidos de tal forma que él pensó que ella era virgen y se alegró tanto que hasta le dejó propina; Nena sabía que para un hombre desvirgar a una puta era una ovación a la virilidad.

Nena sentía cercana la enfermedad, y solía decir que no le temía a la muerte. Padecer era rutina, en el pasado la habían golpeado, torturado, humillado, violado. Era consciente de que había hecho un trueque con su libertad, y muy tarde supo que los pactos con el diablo no caducan. La intimidad, como sus tetas, ya no le pertenecía, tenía claro que cada parte suya era de aquellos que cobraban por sus servicios, y de los que se lucraban de ese exótico cuerpo de 1.70m, dejándole lo suficiente para sobrevivir y un poco más para enviarle a su familia. No tenía dudas de que su cuerpo, desde el cabello rubio hasta las uñas de los pies pintadas de rojo, les pertenecía a aquellos cuyos rostros ella no conocía, pero era evidente, para ella y para todos, que detrás de esa organización había gente de poder y que la cara y el pellejo lo ponían los pendejos que vivían en ese burdel disfrazado de casa, vigilándola y consiguiéndole sus clientes. Nena tenía claro que su vida se la podían arrebatar en cualquier segundo, ya fueran los sinrostro cuando ella ya no les sirviera, o un hombre borracho, drogado, o simplemente con ínfulas de superioridad que quisiera enfrentarse a pagar el precio de arruinar un producto estrella.

Ahí sentada en ese balcón, miró a la calle y la invadió un sentimiento ajeno. Ya no había transeúntes, los estudiantes de la universidad que quedaba en esa esquina ya no corrían apurados para llegar a tiempo a clase; ya no se oían los gritos de los ciclistas pidiéndole a los conductores que respetaran la ciclo ruta; los motores de las miles de motos ya no rugían, todos los bares habían cerrado confinando a los borrachos a beber en sus casas, y la cacofonía de más de 20 canciones de distintos géneros sonando al unísono era un recuerdo. El silencio era ahora lo que resonaba en la cabeza de Nena, dejándola a solas con sus pensamientos.

La piel se le puso de gallina cuando los cuerpos desnudos de diversos hombres se dispararon en su mente como ráfagas; hombres que antes frecuentaban esa casa y solían buscarla solo a ella, tal vez por su belleza, tal vez por su experticia, y tras una expresión de repulsión en su rostro, decidió apaciguar la amargura de esas fotografías mentales pensando en dinero. Lo único que le hacía falta de esos *malpolvos* era su dinero.

¿Qué sería de sus clientes? ¿cuáles eran los motivos por los que no volvían? ¿La gripa esa? Ella pensaba que lo más probable era que no iban, o por el miedo a enfrentarse a una multa por desacatar la cuarentena o por la falta de excusas para dejar su hogar.

El cinismo no tiene límites y algunos de los que lograban burlar la ley llegaban a exigir cuidados sanitarios; usar tapabocas, echarse alcohol, lavarse las manos, hasta bañarse delante de ellos bajo la excusa de no contagiar a sus familias. Nena soltó una carcajada al aire y se dijo:

—Tan maricas los manes, no quieren contagiar a sus esposas dizque "por cuidarlas" ... si les importara tanto no vendrían a acostarse con nosotras. Hipócritas hijueputas es lo que son.

Sin embargo, la risa, como el cigarro, no le duró mucho. Miró la hora y se percató de que era casi mediodía y aún no tenía ni el primer cliente: esa mañana sólo había ido uno y había estado con una compañera suya. Dinero, dinero, dinero, el único en el que ella pensaba, que la enamoraba y trasnochaba, al único al que le bailaba y se lo follaba con placer; en su cabeza el dinero era la solución a todo. Esos casi dos meses de cuarenta estricta la afectaron. Sin clientes no hay plata, punto. A pesar de morirse del miedo, llamó suertudas a las que los clientes recogían y llevaban a sus casas, o a las que los mismos proxenetas llevaron a otro lugar, porque al menos ellas estaban trabajando, así tuviesen que aguantarse a un imbécil por tanto tiempo.

Con el movimiento de sus piernas inquietas, Nena pisaba las cenizas de su cigarrillo sin darse cuenta del desastre que debería limpiar. En la lejanía se escuchó la melodía de *Todo tiene su final*. En su mente se proyectó la imagen de su madre limpiando la casa mientras bailaba y cantaba con emoción. Habían pasado casi tres meses desde la última vez que vio a su mamá. Fue el 31 de diciembre del 2019, cuando en el barrio los sonidos de la bala y la pólvora se confundían, y las luces

navideñas titilaban al son de la música de Pastor López. Diciembre era su mes favorito, no solo porque le iba muy bien, sino porque en esos días ella sentía lo más cercano a la felicidad. Pero el recuerdo alegre fue interrumpido al recordar que ese día había discutido con su mamá por dinero. Si así había sido en el mes en el que a ella le iba mejor, cómo estaría su mamá ahora que no había plata para enviarle.

Nena era la proveedora en su casa, tenía cinco hermanos y, según ella, todos eran unos malparidos que sólo conseguían dinero para pagarse sus vicios y salir de fiesta los fines de semana. Para ella, todos eran unos sicarios visajosos, aunque lo negaran; Nena sabía que ella no era una santa, pero, a diferencia de ellos, su conciencia estaba limpia porque no tenía a ningún muerto encima; Nelly, su mamá, no dejó que sus hermanos se involucraran en los negocios de los duros del barrio desde el día que enterró a su hijo mayor; en el mundo del sicariato tarde o temprano a todos les cobran factura, y una bala en el corazón le había arrebatado la vida al hermano preferido de Nena. Desde entonces su familia se fracturó y ella solo se preocupó por llenar el vacío económico que su hermano había dejado.

Mientras pensaba en su familia, Nena tarareaba "nada dura para siempre, tenemos que recordar que no existe eternidad". En un arrebato se paró de la silla y cuando vio el piso impregnado del gris de la ceniza, se enfureció.

—¡Jueputa, ome! —gritó.

—Cuál es pues la gritadera tuya —dijo en tono amenazante uno de los cuidadores de la casa que se encontraba acostado en la habitación que conectaba al balcón.

—Calmate pues, hice un reguero ahí. Ya lo voy a limpiar —respondió Nena exasperada.



Mientras lanzaba insultos al aire, subió a la terraza taconeando en un intento desesperado por canalizar su furia. Buscó el trapeador, bajó, y con fuerza estregó el suelo hasta dejar la baldosa brillante.

Ya estaba un poco más calmada, pero el nudo en la garganta le impedía apaciguar del todo la emoción.

No dejaba de pensar en su mamá, así que dejó el trapeador de nuevo en su sitio, bajó, y le dijo al cuidador que ya venía, que solo iría al frente a usar el teléfono público. Él le preguntó que por qué no usaba el celular de ella, a lo que Nena respondió que no quería que su familia tuviera su número.

 Entonces ponete el tapabocas y límpiate bien las manos —le advirtió el cuidador.

Nena obedeció mientras le volteaba los ojos. Se cubrió la cara con una máscara quirúrgica y se roció las manos con un alcohol tan fuerte que, cuando lo inhaló, tosió hasta casi ahogarse.

—Este hijueputa alcohol ya me tiene mamada, ya huelo a hospital —le dijo al cuidador.

Salió de la casa y cruzó la calle rápidamente. Ya no había carros, buses, motos o camiones que la hicieran esperar largos ratos para poder pasar al otro lado. Descolgó el auricular del teléfono de la cabina, depositó la moneda y marcó el número de su casa con la esperanza de que contestara su madre, no estaba de humor para hablar con ninguno de sus hermanos.

—¿Qué hubo, má? —dijo Nena.

—Eh, qué milagro, mija. A usted se le olvida que tiene mamá.

Ella ya sabía que su mamá iba a asumir el papel de víctima que las haría discutir de nuevo; para evitarlo, fue directamente al grano; más que saber cómo estaba, necesitaba cerciorarse si le habían hecho llegar el dinero ese mes.

-¿Si le llegó la platica? —le preguntó.

—Jum, si hija, ese poquito ya me lo gasté en deudas y comida pa' la casa.

Nena respiró profundo y se pasó las manos por el rostro hasta el cuello, le dio un pequeño masaje, suspiró de nuevo y torció los ojos de la ira, pero se contuvo. No iba a pelear otra vez por lo mismo. Para su mamá nunca nada era suficiente, entonces le respondió:

Ah, bueno, cuando pueda le mando más. Eso era todo, má, chao —le colgó sin siquiera esperar su despedida.

Estaba cansada de insistir, al parecer la relación con su mamá siempre iba a tener un billete que las distanciara. Enviarle plata a su familia era muy importante para ella, después de todo, más que por sí misma, ella hacía lo que hacía para mantener bien a los suyos. Tal vez ella sí cargaba con el peso de un muerto, su hermano, cuya ausencia no solo le arrugaba el corazón, sino que le sustraía el bolsillo, porque fue ella quien heredó sus deudas y cargas, la encargada de mantener a flote a su familia.

Agradecimiento, más que amor, era lo que Nena sentía por su madre. No hubiera podido borrar de su memoria todas las veces que su mamá solo se tomó una aguapanela de almuerzo para que ella y sus hermanos pudiesen comer bien, o las incontables veces que no vendía nada en el puesto de empanadas y llegaba llorando porque temía que los echaran de la casa si no pagaba el arriendo.

Abrumada, volvió a la casa. Timbró y el cuidador bajó a abrirle la puerta. Apenas entró, después de restregar las suelas de sus zapatos bruscamente contra el tapete desinfectante, lo primero que hizo fue quitarse el tapabocas desechable y tirarlo a la basura. Con la mirada que él le lanzó, ella ya sabía que tenía que lavarse las manos y entró de inmediato al baño antes de que él lo mencionara. El día apenas

iniciaba, pero su cuerpo y su mente ya sufrían de cansancio, como si fuese el final de la jornada. El panorama no pronosticaba más que otro día solitario, sin plata.

Fantasma en el Hallazgo

Sin nada más que hacer, Nena subió a recostarse un rato hasta que se quedó dormida. El brusco zarandeo de uno de los cuidadores la obligó a despertar desconcertada. Había llegado un cliente a recogerla; en el primer piso estaba un hombre hablando con el otro cuidador, y todo parecía indicar que estaban cerrando un negocio.

El rostro de ese hombre, o la minúscula parte que el tapabocas le permitía entrever de sus rasgos faciales, se le hacía familiar. Si había algo para lo que Nena era buena, era para recordar. Él reparó en ella desde sus pies hasta su cabeza lanzándole una mirada coqueta en cada recorrido de su cuerpo. Sin maleta, a petición de él, salieron de la casa. Pronto fueron interrumpidos por un cuidador, que sujetaba un tapabocas en la mano para ella; se lo ofreció de forma imperativa, y ella lo recibió de mala gana, lo sacó de la envoltura y se lo puso. Hizo una bola con la basura y se la tiró al cuidador con una expresión maliciosa y cómica de la que él probablemente no pudo dar cuenta porque el tapabocas le cubría casi todo el rostro.

Siempre que venía alguien por alguna de ellas les avisaban con tiempo para que prepararan sus cosas de acuerdo con las excentricidades de cada cliente. Cada maleta era versátil y poco predecible: más allá de las pertenencias y objetos de aseo personal típicos de cualquier equipaje para pasar una noche por fuera, estaban las que se llenaban de parafernalia sado, o las que contenían numerosas drogas, desde viagra hasta MDMA. pero eso no importaba, si la quería desnuda y sin ningún tipo de protección o diversión, así sería, porque todo parecía indicar que ese hombre que ella aún intentaba recordar de dónde lo conocía, le iba a hacer el día y por fin podría dejar de preocuparse por asuntos de dinero.

Justo afuera de la casa había una camioneta enorme parqueada, ella no sabía nada de carros, pero ese, sin duda, era costoso. Desde ese momento ella supo que la persona con quien se iba no era cualquiera, y que tal vez por eso se habían tomado su salida tan a la ligera.

Por un momento se dejó engañar de su pinta descuidada, pues él llevaba uno jeans rectos, mocasines y una camisa a cuadros rojos con azul. En su mente, ella solo podía asociar su camisa con la gran cantidad de bóxeres que había quitado con el mismo patrón.

Apenas se abrió el carro, Nena, incómoda, se quedó parada en la acera pues no sabía de qué lado debía montarse. Iba a hacerle señales a él para preguntar, pero el vidrio polarizado del carro solo le permitía ver su reflejo; se llevó la mano al pelo para intentar peinarlo, estaba recién despertaba de su siesta y así ya estuviera con el cliente, sentía la imperante necesidad de siempre verse bien. Él, apurado por irse, le pidió que no fuera torpe y que por favor se sentara adelante. Él arrancó y justo en la esquina se detuvo frente a un semáforo en rojo. Nena se preguntó por qué simplemente no seguía derecho, la ciudad estaba literalmente vacía, ella no había visto el primer carro pasar. "torpe él", pensó, sin embargo, no dijo nada al respecto.

Ella sentía curiosidad por la vida de sus clientes, así que miró a su alrededor en busca de algo que le diera pistas sobre ese hombre, pero todo estaba impoluto, no tuvo éxito. Además, sus esfuerzos por recordar en dónde lo había visto fueron en vano, hasta el punto de pensar que simplemente se le pareció a alguien. Su voz no era familiar, mucho menos su carro, y el rostro aún no lo conocía del todo, tal vez solo estaba confundida.

- —Aún no nos hemos presentado —dijo él.
- —Es cierto, Nena, un placer.
- —Eso ya lo sabía, y el placer es mío —dijo en tono coqueto.
- —¿Y es que usted no me piensa decir cómo se llama, ni para dónde vamos? —le preguntó Nena.

117

-- Por supuesto, William. Para ofrecerle quietud a tu exacerbado deseo de obtener respuestas, basta con decir que nos dirigimos a mi casa. Disfrutaré de tu compañía una semana.

Con esa aclaración tan precisa, alegre por haber sorteado no solo uno, sino siete días de trabajo, ella comenzó a registrar en su cabeza cada lugar por donde pasaban. Estaban llegando al centro comercial San Diego, tomando la Avenida Las Palmas; ese era el sector predilecto de la alta sociedad de Medellín, así que Nena se hizo una imagen posible del lugar al que la estaban llevando.

Angie Lijhem Dimas De La Cruz

Aunque no lo demostrara, Nena formulaba conjeturas sobre quién podría ser este hombre. Por el lenguaje que acababa de emplear, era un tipo que había estudiado. El carro indicaba que era rico. Y el hecho de que ella estuviera ahí dentro tal vez significaba que necesitaba darle más acción a su vida.

Vio el reloj, ya habían pasado unos quince minutos y seguían subiendo Las Palmas; era un hecho que el viaje se había extendido más de lo esperado, entonces era evidente que él no vivía en el Alto de Las Palmas, porque si así fuera, ya hubieran llegado. Desde hacía un rato temblaba de frío. Además de tener una minifalda, llevaba una camisa corta y escotada, por lo que alternaba masajes en los muslos y los brazos para calentarse un poco con la fricción, una nube baja de niebla se había asentado en la vía, lo que ponía su piel de gallina del frío; la carretera se distinguía poco porque al lado izquierdo se veía la montaña y al lado derecho el paisaje urbano de Medellín, cada vez más lejos. Recorrían la vía Rionegro-Llanogrande; no le hubiera sorprendido a Nena que él viviera en una finca en Llanogrande, o en una casa enorme de Rionegro.

Finalmente, él subió los vidrios y prendió la calefacción, Nena lanzó una risa nerviosa y dio las gracias. Ella no podía bajar la guardia, ya se había desacostumbrado al sentimiento de incertidumbre que la

embargaba antes de verse con cualquier cliente. Hacía un tiempo que no se enfrentaba al miedo de esa forma, a sentirse altamente expuesta y en peligro. No de morir, eso sería preferible ante los inimaginables escenarios que puede desatar un hombre trastornado.

Llegaron a una finca en El Retiro llamada El Hallazgo. Apenas él apagó el carro hundió el botón del cinturón de seguridad del lado de Nena, se quitó el suyo y se bajó. Ese era suficiente permiso para que ella se bajara también.

-Muy linda su casa -dijo

Él asintió con la cabeza, pero no hubo comentario inmediato. Cuando se dirigían a la entrada, un hombre viejo los detuvo.

- —Don William, jovencita, ¿cómo me les va? ¿hay algo en lo que pueda ayudarlos? —dijo en tono alegre.
- —Por ahora no, Darío, muy amable —respondió William.
- —Gracias —se atrevió a contestar Nena

Fue inevitable no fantasear con la posibilidad de que todo eso fuese suyo: el carro, la finca, un mayordomo que la tratara como si ella fuera su patrona. Nunca había pensado en la idea de casarse, mucho menos en tener hijos, pero en ese momento se imaginó teniendo esa vida en ese preciso lugar y, aunque conscientemente no lo quisiera, el escenario en su cabeza mostraba a William como su esposo. De inmediato figuró formas de conquistarlo para tener una salida del burdel, para dejar de padecer por dinero y por fin ser una mujer libre y, más que nada, feliz.

Cualquiera creería que es imposible pasar años sin sentir la más mínima noción genuina de felicidad, pero Nena ya había olvidado qué era eso. Sus recuerdos más vívidos de alegría y carcajadas auténticas eran de su niñez, cuando, a pesar de vivir en la pobreza, jugaba, reía,

y gozaba de estar viva. Ahora despertaba cada mañana sintiéndose abrumada, con el íntimo deseo de dejar de respirar, o de poder abandonar absolutamente todo e irse lejos, a un lugar en donde nadie conociera su pasado, y que nadie tomara decisiones por ella. Entraron a la casa y Nena, sin siquiera llevar cinco minutos ahí ni haberle visto el rostro detrás del tapabocas, ya se había ingeniado una forma de salir de su vida maltrecha, de empezar de cero. Sin embargo, la idea se fue desdibujando en su mente a medida que detallaba el lugar. En la sala había un enorme cuadro de él con quien parecía ser su esposa. Sin embargo, mantenía viva la esperanza de que tal vez estuviera divorciado, y no quería quitar el cuadro. En definitiva, el mayordomo no se extrañaba de verla a ella ahí y la había recibido con tal calidez que, o estaba acostumbrado a que él llevara mujeres a espaldas de su esposa, o simplemente no tenía una.

Ya en la entrada, de un momento a otro, William la bañó en desinfectante y le pidió que lo siguiera a la alcoba. Ella, en su mente satírica ya estaba haciendo comentarios de cómo él se iba a revolcar con una puta en la que, probablemente, era la misma cama en la que le había profesado amor eterno a su esposa, o exesposa. Pero al llegar supo que estaba equivocada, esa no podía ser la habitación principal de la casa, mucho menos el lugar donde él dormía con su esposa; era una habitación de huéspedes. Y él lo confirmó cuando le dijo que ahí era donde ella se iba a quedar.

La tiró a la cama con violencia y le rasgó la ropa hasta dejarla completamente desnuda. Amarró sus manos a la cama con una cuerda rudimentaria y se sentó a observarla fijamente desde una silla que estaba apartada. Aunque el miedo invadía su cuerpo, su mente estaba preparada para cualquier tipo de rareza, lo que la obligó a permanecer quieta y callada a la espera de lo que sequía.

El miedo a lo que él iba a hacer luego de su bestial ataque no le permitía pensar en otra escena más que absurdos maltratos e insultos, desatando en su mente recuerdos de otras ocasiones que ya creía haber superado.

-¿Qué me va a hacer? —era un pensamiento que, sin querer, se convirtió en palabras pronunciadas.

- -Nada
- -respondió él.

Salió de la habitación y cerró la puerta con llave.

British Council

Elipsis 2021

Apenas escuchó a William alejarse, Nena comenzó a gritar. Lo llamó implorando que volviera a la habitación, hasta gritó el nombre de Darío con la esperanza de que sus gritos se escucharan a través de la única ventana que tenía ese cuarto. Cuando anocheció, Nena ya estaba afónica de tanto gritar, sus muñecas sangraban y le dolían por los numerosos intentos de zafarse, tenía frío y lo único que la cobijaba eran sus lágrimas, que salían sin parar de sus ojos cansados.

Con el pasar de las horas, cuando el silencio se había hecho tan fuerte que solo lo rompían los bichos que chocaban con la ventana y el canto de las cigarras, William entró en la habitación.

—Suélteme, por favor —dijo Nena con la mayor fuerza posible para que la oyera, tosió e intentó aclarar su garganta para repetir lo mismo numerosas veces.

Él sonrió, tomó la cobija que sostenía en sus brazos y la cubrió de las caderas hacia abajo. "Feliz noche", dijo, y se marchó de nuevo. Sus pezones estaban parados y más marrones de lo normal y su piel seguía erizada. A pesar de sentir el corto alivio de sus piernas entibiándose, temblaba como entrando en un trance hipotérmico.

No supo cuándo había caído dormida, pero ya era de día. El sonido de la llave entrando en el cerrojo de la puerta la despertó. Era William, esta vez con un vaso en la mano. La hizo beber agua; ella, casi ahogándose por la posición en la que estaba, bebió lo que pudo. Permaneció en silencio; él descubrió sus piernas y se sentó de nuevo en el mismo sitio. Ella solo cerró sus ojos con fuerza, mientras las lágrimas, de nuevo, se deslizaban lentamente hacia sus orejas. Él se quedó ahí durante unos cuantos minutos, viéndola, y luego salió de la habitación. Al cerrarse la puerta, Nena abrió sus ojos, no entendía qué quería ese tipo, la invadía la furia y murmuraba "malparido, pirobo, carechimba", todas las palabras que se le ocurrían para insultarlo.

Tres días pasaron, y él hacía exactamente lo mismo, solo la observaba, la obligaba a hidratarse y la cobijaba de las caderas hacia abajo en la noche fría. Por primera vez en su vida extrañó tener sexo, entrañó que la insultaran y la golpearan, que la orinaran, que le hicieran sexo anal sin lubricación, extrañó todo lo que le hacían normalmente en su trabajo y a lo que ya estaba acostumbrada, cualquier cosa era mejor que sentir el dolor en sus muñecas y brazos, que ya pesaban de tanto permanecer elevados; todo era mejor que estar acostada sobre sus propios orines y tener que escuchar el rugido de su estómago vacío, así no tuviera nada de apetito. Deseó no despertar al otro día.

Sufría al pensar que él no la podía matar, o se metería en un problema. Pero peor era pensar que era ella quien sufriría más si le ponía un dedo encima a él, porque lo único que quería era matarlo. Nunca se había topado con un hombre tan cruel y psicópata, a quien le brillaban los ojos y se le expandían las pupilas del éxtasis ante cada gemido de dolor, entre más llanto, más placer sentía él.

Sin energía para hacer mucho, pasaba la mayoría del tiempo en sueños, llegando al punto de no discernir la línea donde comienza lo real. Además del hambre, la abstinencia por la falta de nicotina en su sistema la estaba consumiendo. En algunos sueños estaba en el balcón de nuevo, sintiendo el calor del día, imaginando cómo el cigarrillo le pasaba por la garganta, en otros soñaba con hacerle lo mismo a él, tenerlo amarrado en una cama mientras ella le observaba su diminuto pene. Despertar, sentir el dolor de estar viva, era lo peor que podía pasarle. Pensaba en escapar, pero estaba tan débil y la probabilidad de que la atrapara y que el castigo fuese peor era tan alta, que ya solo quería morir, ser libre por fin.

El cuarto día fue distinto. La rutina fue la misma, pero William, en vez de quedarse observando su cuerpo desnudo y colérico, reprodujo en el televisor unos videos caseros de mujeres que estaban en esa misma habitación, amarradas como ella, gritando mientras se lastimaban sus manos en un intento desesperado por liberarse. Se quedó ahí todo el día, viéndolos con ella.

Solo se retiró tres veces, pausando la cinta cada vez, y volvía para reanudarla. Desde el primer video, Nena cerró sus ojos, no quería ver el rostro de esas mujeres, tal vez podrían ser viejas amigas suyas que nunca volvieron al burdel.

Pero más allá de los rostros de otras, no quería ver el suyo. Ya estaba agotada, dispuesta a morir para que todo terminase de una vez por todas: "máteme, por favor", le decía con voz débil, "por favor", y los charcos de lágrimas inundaban sus ojos y le impedían ver. En su cabeza tarareaba canciones para distraer el sonido proveniente de los videos, pero, por más que intentara, los gritos le penetraban los tímpanos y resonaban uno a uno en su cabeza. Lo sintió acercarse. "Máteme", dijo de nuevo. Él la desató, y ella no tenía ni fuerzas ni ganas de pelear.

Mientras él cargaba su cuerpo desnudo, los latidos del corazón de Nena se aceleraron y el sonido de las palpitaciones resonaba en su cuerpo débil. Pero ese no era el camino al matadero, la llevó a una bañera que tenía el agua lista para sumergirse, y la bañó con la delicadeza y el cariño con que una madre baña a su hija; le limpió la sangre de sus muñecas con el agua caliente y le dijo "todo va a estar bien".

La rabia consumía su cuerpo, sentía asco cada vez que él la tocaba, pero su debilidad no le permitía hacer nada. La cubrió con una toalla y la llevó de nuevo a la habitación, postrándola suavemente sobre la cama sin amarrarla. La cobijó y se fue, cerrando la puerta con sutileza.

Ella miró la habitación, buscaba un objeto que pudiese clavarle en el cuello, para matarlo de una vez por todas. Estaba embriagada de ira, cansada de él y de todos los hombres que una vez la maltrataron, de todos los que pagaron por estar con ella. Quería matarlo, pero también quería morir. Miraba a la ventana sin esperanzas, su mundo ya se había reducido a esa habitación, no quería volver. Se sentía exhausta.

—¡Asquerosos y triple hijueputas todos! —gritó contra la almohada con vehemente furia.

Con poca fuerza, pero con suficiente ánimo para caminar a pasos cortos, se dirigió a la puerta y verificó que estaba abierta. Atravesó el pasillo y, al mirar a su izquierda, encontró a William sentado en la sala, sosteniendo un arma en su mano. En ese momento sintió temor; un vacío en el estómago y la sensación de debilidad se tomaron su cuerpo, estaba convencida de que iba a morir. Respiró profundamente y cerró sus ojos.

Fantasma en el Hallazgo

-Máteme -dijo.

Él le pidió que abriera sus ojos de nuevo y le apuntó diciendo:

—Eres libre de habitar este piso como te plazca, pero si intentas atravesar esa puerta —y apuntó el arma a la entrada— o subir esas escaleras —apuntando el arma en esa dirección— ¡Pum!

—Entendido —respondió ella, y tomó un banano que estaba en la isla de la cocina.

Cuando creyó que la iba a matar sintió miedo, pero le daba más miedo tener que quedarse, tener que verlo de nuevo. Solo pensaba que ya no podía estar más ahí. Pensó entonces en salir corriendo a la puerta para que la matara de una vez, pero se contuvo cuando analizó rápidamente la cocina y vio unos cuantos cuchillos finos; alguien iba a morir, él, ella o ambos. Podía matarlo y tener éxito o, si fracasaba, él la mataría a ella y eso no distaba de sus deseos. Ya no le importaba nada, ella era una mujer inteligente, él era evidentemente un hombre rico e importante, si lo matara y se robara parte de su dinero para escapar, la justicia colombiana no descansaría hasta encontrar a un culpable; ella ni loca iba a pasar el resto de sus días en una cárcel paupérrima, en donde se enfrentaría a un encierro y escarnio peores que en el burdel o a los que William la había sometido. Desistió de su idea y, arrastrando los pies, volvió a la habitación.

Matarlo y ya era muy fácil. Ella quería que sufriera, regocijarse ante su dolor, escuchar sus súplicas para que se detuviera; fantaseaba con grabar mientras lo torturaba, hacer paso por paso todo lo que él le hizo a ella.

Pero nada era suficiente, ni siquiera pensar en todo el dolor que podría infligirle, ni el odio que sentía era suficiente, nada podría desgarrar sus memorias, nada podría desmembrar esos recuerdos que cada que venían a su mente, junto con su nombre y el de todos los hombres con los que tuvo que enfrentarse en el pasado le generaban náuseas, un vacío en el estómago y un cierto sentimiento de disociación.

Por más viva que saliera de ese cuarto, ella no podía más. Ya no podría enfrentar un día más en la ciudad ruidosa, violenta, ni un día más en el burdel; ella ya habitaba el séptimo círculo urbano que la transpolaba al infierno laberíntico de sus memorias, tristes y sucias; ella se conocía invadida de culpas, se autoflagelaba en evocaciones perversas, se exiliaba de los lugares a los que había pertenecido. Le inyectó amnesia al recuerdo de los seres que había amado, iracunda se soñó buscando venganza al recordar las palabras de William, pues su voz no abandonaba su mente, y de ella misma solo recordaba el llanto. Nena pasaba por esos días en donde no podía salir de sí, en los días en los que solo pensaba en ese infierno que la remolcaba y la condenaba a repetir mil veces, y con detalle, los momentos que la habían lastimado.

Ya lo había pensado en sus sueños y ahora lo haría realidad: su venganza perfecta era suicidarse, así se liberaba por fin del abrumante peso de vivir un día más odiando su cuerpo, su trabajo, a su familia, sintiendo la miseria de respirar, y de paso le arruinaría la vida a él. Ya tenía el arma, algún vecino de las fincas más cercanas podría escuchar el estruendo de un disparo, alarmarse, y llamar a la policía y si no, cuando sus proxenetas notaran algo extraño, irían en búsqueda de él y, sin clemencia, lo harían pagar con plata y bala.

William entró a la habitación y empezó a golpearla brutalmente con una correa de cuero, con tanta sevicia que parecía que había escuchado cada pensamiento de Nena sobre él y su plan para vengarse. Lastimó cada parte hasta que sangrara, menos su rostro, y cuando terminó,

dejó la habitación sin llave. Ella se quedó ahí, acurrucada, intentando no moverse para que su piel no rozara la sábana y no sintiera el ardor que traía la más mínima fricción. No podía esperar el momento perfecto para quitarle el arma y volarse la cabeza delante suyo, para que él sintiera cómo el control se le iba de las manos y, por primera vez, no disfrutara de su dolor.

Al otro día él no la tocó. Ella, con dificultad logró lavar sus heridas y, sin apetito, intentó hacerse algo rápido de comer para hacerle creer a él que todo estaba bien. Mientras estaba en la cocina, lo escuchó hablando por teléfono.

### —¿A qué hora aterrizas?

Se acercó un poco a las escaleras, procurando que no la viera, y se quedó quieta para estar atenta a cualquier información útil.

—Seguro, mi amor, no se me olvida, el domingo a las 4.30 estaré ahí.

Ya era jueves, seguro que su estadía en esa casa se iba a reducir. Pero ya tenía otro motivo para arruinarle la vida a él, que su esposa, a quien tanto extrañaba, encontrase su cuerpo desnudo, con la cabeza implosionada por una bala, tirado en su nicho de amor. Y en su televisor, los gritos de todas las mujeres de los videos, probablemente prostitutas, como banda sonora de la escena.

El sábado en la mañana él le dijo a Nena que la iba a devolver al burdel, y le pasó una muda de ropa que parecía ser de su esposa. Ella se vistió con dificultad, porque las heridas de su cuerpo aún estaban frescas. Pensó en arrebatarle el arma y hacer que él la matara, no quería volver al burdel, pero sabía que, si él la mataba en este momento, su esposa, que llegaba al otro día, no vería la verdad detrás de ese asesinato, porque él evidentemente se desharía de su cuerpo. Ella se había obsesionado con seguir el plan tal y como lo había imaginado, así que decidió montarse al carro y luego pensar qué hacer para volver. Se aprendió el camino de memoria, porque ya sabía cómo se las iba a ingeniar para volver a El Hallazgo ese domingo y ejecutar su plan perfecto.

Cuando llegó al burdel, actuando como si todo estuviese bien, la ropa le cubría las heridas. Primero habló con sus compañeras, les contó que el hombre con quien se había ido tenía una casa increíble, que había pasado los mejores días, bebiendo, bailando y follando como rica. Como si nada, luego se acercó a sus cuidadores a preguntar cuánto le iban a pagar por el servicio y, después, tranquila, buscó entre sus cosas su celular y el arma de su hermano, que había guardado para protegerse como él siempre la protegía a ella. Pensó en todo, si no encontraba el arma de William lo haría con esa, era un arma homicida que cargaba con muertos de sicario buscado y era lo más cercano que tenía de su hermano. Así, el domingo, bajo la misma excusa de llamar a su mamá para contarle que le iba a mandar dinero, salió del burdel para no volver jamás.

Volvió al presente; ya no había nada, la habitación estaba tan limpia que intentar reconstruir la exacta escena de su suicidio, sin perder ningún detalle, era imposible. Vio cómo esos hombres arrastraron su cuerpo hasta la salida. Intentó seguirlos para al menos saber qué harían con él, pero una fuerza ajena le impidió cruzar la puerta. Por más que lo intentara, por la ventana, atravesando las paredes, cualquier minúscula salida, ella no podía abandonar esa casa, era ahora el fantasma de El Hallazgo.

Una sola cosa mantenía sus esperanzas de lastimar siquiera un poco a William: arruinar su matrimonio. Esa mujer estaba consternada por los restos de la brutal escena que se había encontrado, eso sí se ajustó al plan de Nena. Pero ella no se veía sorprendida o enojada de haber visto en su cama a una mujer muerta y desnuda, con golpes en todo

su cuerpo, ni sintió lástima cuando escuchó los gritos y súplicas de las mujeres en los videos.

Apenas los hombres atravesaron la puerta y ya no había rastro alguno de lo que había ocurrido, la esposa de William lo miró fijamente y solo profirió una frase: "Yo ya sé de sus andanzas, sé de su burdel y sé que esa muchacha era una prostituta. Nadie va a decir nada, nuestro matrimonio sigue intacto y perfecto, pero a partir de este momento, a esta casa, ni usted, ni yo, y mucho menos nuestro hijo, volvemos nunca y que Dios nos perdone". Y se echó la bendición. William, de nuevo, solo respondió "todo va a estar bien", abrió la puerta, y le señaló la salida. Ella salió primero y él detrás.

Nena recordó de dónde lo conocía. Hacía años, en su primera semana de trabajo se lo presentaron, él era el dueño del burdel. Destruida, vio por la ventana cómo William se alejaba para continuar con su vida como si nada hubiese sucedido.







Daniela García Patiño.

I proyecto Elipsis 2021 estuvo atravesado por dos acontecimientos singulares: una pandemia mundial y un paro nacional. Para bien y para mal, esta realidad logró que la experiencia de participar en el proceso fuera inolvidable. Los artistas, entre los que se encuentran los escritores, debemos aprender a plasmar la realidad que tenemos frente a nuestros ojos, y los participantes de Elipsis no fuimos la excepción.

La selección se hizo en 2020. En mi caso, cursaba literatura en Icesi y recibí un correo de la directora del programa anunciando mi postulación, junto con la fecha del examen que decidiría mi puesto en la beca. Nunca había editado nada cuando recibí el examen, pero llevaba muchos años estudiando literatura. Pudo haber sido suerte, como fue suerte también que nos tocara justamente este año, el más difícil de todos, para hacer parte de Elipsis.

Parecía que sería el libro más impersonal de todos, porque cada uno se encontraba encerrado en su casa. Sin embargo, las sorpresas apenas comenzaban. Uno de los primeros mensajes que recibimos después de haber entrado en el programa fue del British Council, anunciándonos que nos enviarían un libro de uno de los autores que hablaría con nosotros de manera exclusiva en el marco del Hay Festival. Ni Paula Silva ni María Juliana Tamayo sabían que uno de mis temas favoritos es el Holocausto, así que fue una sorpresa (y una muy bonita) recibir justo para Navidad el libro de Philippe Sands, como si ellas ya me conocieran y supieran mis gustos.

Debíamos comenzar el trabajo en Cartagena en enero, porque era parte de la programación de Elipsis, pero el Hay Festival de este año, como tantas cosas, fue virtual. Si bien es cierto que no nos conocimos en persona, tuvimos la fortuna de conocer las habitaciones de cada uno de los integrantes del programa, a sus familias y hasta a los perros. Con seguridad, en las ediciones pasadas fueron a fiestas juntos, caminaron por la ciudad vieja y hablaron mucho, pero nunca llegaron a este nivel de intimidad.

Porque los días del Hay festival para los estudiantes de Elipsis transcurrían así: horas y horas de Zoom, escuchando charlas, compartiendo saberes, aprendiendo y conociendo gente nueva, aunque fuera por cámara. Nos explicaron la dinámica: el proyecto Elipsis consiste en tener cinco escritores y cinco editores (elegidos gracias a exámenes como el que me dieron a mí) que trabajarían durante el año en los textos que los primeros escribieran y los segundos editaran. La experiencia para los escritores prematuros de participar en un proyecto como Elipsis es un privilegio y las organizadoras y tutoras hacen un trabajo fuerte para que sea perfecta. No solo escribir, sino también publicar libros en Colombia, es una tarea difícil sobre todo para personas que no hacen parte de la industria. Por esta razón, Solo el hecho de aprender cómo es el proceso de producción de un libro es algo muy valioso para la carrera de todos los estudiantes que participan en Elipsis.

Durante la semana del Hay, los escritores trabajaron en temáticas posibles para sus cuentos. Por supuesto la pandemia era el tema que debían tratar, pero no solo eso, sino que reflexionaron sobre el aislamiento, la soledad, la muerte, el miedo y la inequidad que trajo consigo. Una vez se decidió la temática, formamos parejas de escritores y editores que trabajaríamos durante todo el año juntos para terminar el libro. Al final de la reunión, Paula Silva hizo énfasis en lo estrictas que serían las entregas de los cuentos. Tanto, que si no se cumplían el participante podría ser expulsado del programa.

Los escritores comenzaron a trabajar con la tutora y la siguiente reunión se programó para mayo. Sin embargo, antes de la reunión recibí un correo donde me citaban a mí sola. Mi pareja, un escritor, había salido del programa. Debido a eso, tuve un cambio de rol y terminé siendo ilustradora y haciendo esta relatoría. Dos cosas nuevas que tiene entonces, además de todo, este libro.

Por otra parte, la reunión de mayo coincidió con el paro nacional de Colombia. En un momento de conmoción, los participantes se reunieron para continuar con el proyecto. Sin lugar a dudas, la situación del país afectó el desarrollo del encuentro virtual, que pasó de ser un taller para despejar dudas y trabajar sobre las historias para convertirse en un espacio de reflexión sobre la situación actual, y un lugar para ventilar las preocupaciones que trae para todos este nuevo mundo. Unos se preguntaban sobre la validez de su oficio, otros sobre el futuro, otros más eran víctimas de tragedias familiares o parientes contagiados de covid. Teníamos mucho en qué pensar y la única manera de canalizarlo fue uniéndonos. Fue por esto por lo que fundamos un colectivo que compartía contenido escrito y visual en las redes. Esto nos unió aún más porque compartir las emociones el torno al paro acercó a todas las personas que hasta ese momento eran solo cuadros del Zoom para las demás. El grupo de Elipsis fueron casi las únicas personas nuevas que conocí durante el año de cuarentena.

Luego de meses de trabajo duro, de reuniones entre escritores y editores, de textos que iban y venían, el trabajo se completó.

Philippe Sands, uno de los autores que compartió con los participantes de la beca en el Hay festival, dijo al final de su conferencia que los jóvenes no debían preocuparse porque después de la pandemia todo iba a ser mejor. Los estudiantes, en su mayoría escritores que empiezan su carrera, comparten con personas con trayectoria en el campo el hecho de escribir sus textos en medio de una pandemia mundial. La creatividad es una herramienta que siempre estará ahí sin importar las circunstancias.

Estas palabras quedaron en mi cabeza y varias veces he pensado qué significan. Sin lugar a dudas, estos tiempos han traído retos grandes en todos los niveles de la vida, pero enfrentar en el problema y hacer lo mejor con lo que se tiene en el momento es lo más apropiado. En mi caso, apenas comenzó la pandemia empecé a pintar y hoy en día esta es la herramienta que me he dado el sustento por un par de meses y una enorme tranquilidad, porque tengo más formas para canalizar mis emociones. Para los escritores y los editores de Elipsis el hecho de trabajar en este proyecto debió ser similar. Para finalizar, este proceso fue raro porque estamos en tiempos raros, pero si bien fue difícil, no paramos. Todos dimos lo mejor de nosotros con lo que podíamos y este fue el resultado.

